

CARTAS
A UN
JOVEN PROFESOR

Mensajero
EDITORIAL JESUITA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com / 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Ediciones Mensajero, 2015
Grupo de Comunicación Loyola
Sancho de Azpeitia 2, bajo
48014 Bilbao – España
Tfno.: +34 94 447 0358 / Fax: +34 94 447 2630
mensajero@mensajero.com / www.mensajero.com

Diseño de cubierta:
Magui Casanova

Impreso en España. *Printed in Spain*
ISBN: 978-84-271-3726-4
Depósito legal: BI-474-2015

Fotocomposición:
Rico Adrados, S.L. (Burgos)
www.ricoadrados.com

Impresión y encuadernación:
Gráficas Cems, S.L.
www.graficascems.com

Índice

<i>Presentación</i>	7
Cariño, respeto, gratitud	
MAITE ABÓS BARA	17
Una memoria agradecida	
CARMEN BLAT GIMENO RJM	27
Lo que yo he vivido	
DOLORES CASTÁN DIEZ	33
Gracias por tanto bien recibido	
JOSÉ JAVIER CADEVILLA MARCELLÁN SJ	41
¡Están locos!	
TOMÁS COMÍN BLASCO	45
Maestro	
PACO DESENTRE MIGUEL	51

Ser peregrino	
VICENTE DURÁ GARRIGUES SJ	57
Luz fugitiva	
JOSÉ ANTONIO GÁLVEZ MARTÍN	63
Enseñando se aprende	
PILAR GIL BERNAD	71
En busca del sol	
JESÚS B. GÓMEZ DIESTE	77
Transmitir conocimientos y valores	
GEMMA MAZA INVERNÓN	85
Una utopía de escuela	
JAVIER MENDIALDÚA LECUE	89
Mi guía pedagógica	
MARÍA VICTORIA NECOCHEA SANCHO	95
41 años dando vida	
M ^a CARMEN PARDOS BAULUZ	105
Construir	
EDUARDO SERÓN PUÉRTOLAS SJ	111
Los puntos cardinales	
INMACULADA TUSET GARÍN RJM	119
LOS AUTORES	125

Presentación

En un pequeño libro, editado recientemente, el pedagogo extremeño Benito Estrella insistía en la idea de que toda educación se realiza *a la sombra de un árbol*; es decir, al amparo de una tradición cultural:

«A la sombra de una tradición crecemos y aprendemos, contemplamos la belleza de sus formas, regamos sus raíces, podamos sus viejas ramas, aspiramos el perfume de sus flores, nos alimentamos de sus frutos y conservamos sus semillas. Se trata de algo vivo que hay que cuidar, algo que también nos cuida y nos da vida. (...)

»Este árbol de la tradición, sin cuya sombra no puede llevarse a cabo la educación –pues la intemperie del poder desnudo arrasa con todo lo humano–, se alimenta también de nuestros sueños y crece con ellos. Es una casa que heredamos,

cuidamos y queremos dejar para el futuro; es la casa del hombre. Porque debéis entender –los más jóvenes sobre todo–, que si no cuidamos en cada momento histórico del árbol a cuya sombra hemos crecido y de cuyos frutos nos hemos alimentado para que sea mejor árbol, si no inventamos personas mejores de las que somos y vemos a nuestro alrededor, empezando por uno mismo, acabaremos siendo cada vez peores de lo que somos.

»Para educar no se necesita más que eso, *la sombra de un árbol*. Los que ejercéis el oficio de enseñar como los que habéis criado hijos lo sabréis, como yo lo sé, por experiencia: que lo esencial está en la relación que establecen el que enseña y el que aprende, el que educa y el que es educado, y que todo lo demás no son más que medios, que, a veces, más bien estorban que ayudan en la tarea. Y no podemos olvidar la luz del sol, sin la cual no hay sombra, ni fruto, ni semilla, ni árbol, ni nada. Pues los seres humanos somos efectivamente como árboles: estamos enraizados en la tierra, pero crecemos hacia el cielo, hacia la luz».¹

Disculpen la extensión de la cita, pero a menudo una imagen literaria vale más que un largo discurso. Y en este caso, la imagen del amparo

¹ B. ESTRELLA, *Loa a la vieja pizarra*, Madrid, Fundación Emmanuel Mounier, 2014, pp. 12-13; que a su vez toma la imagen, entre otros, de PAULO FREIRE, *A la sombra de este árbol* (Barcelona, El Roure, 1997).

que proporciona el árbol encaja perfectamente con el propósito y el sentido de las cartas que recoge este pequeño libro (una imagen que, además, también alguna de las cartas expresa a su manera). Es cierto: no hay educación verdadera que no se desarrolle en el marco de una tradición, que no pise en algún suelo. No en vano, el mismo término “tradición”, como se sabe, tiene su origen etimológico en el latín “traditio”, del verbo “tradere”, que significa dar o entregar, incluso en un sentido físico. Y al fin y al cabo, de una u otra forma, educar también es dar y transmitir, entregar una herencia que a su vez fue recibida.

Pero eso no significa que en ese proceso no existan rupturas, cambios ni transformaciones. ¡Al revés! La auténtica fidelidad a la tradición y a la memoria implica siempre y necesariamente un cambio; o es creativa o no es realmente fiel. En la expresión del Papa Francisco: “Justo porque permanecemos, porque somos fieles, cambiamos. No permanecemos fieles, como los tradicionalistas o los fundamentalistas, a la letra. La fidelidad es siempre un cambio, un florecimiento, un crecimiento”². Y eso también es así en la educación; sobre todo en la educación.

² Cit. en CHRIS LOWNY, *Francisco, líder y papa*, Santander, Sal Terrae, 2014, p. 160.

Lo que ocurre es que a menudo identificamos equivocadamente la tradición con las rutinas, los ritualismos o las convenciones sociales. Confundimos así el regalo con el envoltorio. Con su habitual perspicacia y lucidez, Thomas Merton incidió en esa distinción con palabras que merece la pena reproducir en su integridad y que, aunque en el momento en el que las redactó estaban pensadas en el contexto del monaquismo de los años sesenta del siglo pasado, su sentido trasciende hoy los años y los muros dentro de los que fueron escritas:

«La tradición es viviente y activa; la convención es pasiva y muerta. La tradición no nos forma automáticamente: hemos de trabajar para entenderla. La convención se acepta pasivamente como cuestión de rutina; por eso la convención se vuelve fácilmente una evasión de la realidad, nos ofrece solamente falsas maneras de resolver el problema de la vida: un sistema de gestos y formalidades. La tradición nos enseña realmente a vivir y nos muestra cómo asumir la plena responsabilidad de nuestra vida. Así es como la tradición es a menudo totalmente contraria a lo ordinario, a lo meramente rutinario. Pero la convención que es mera repetición de rutinas familiares, sigue la línea de menos resistencia. Uno va a la realización de un acto sin tratar de entender su significado completo, meramente porque los demás hacen lo mismo. La tradición que siempre es vieja es, al mismo tiempo, siempre nueva por-

que está reviviendo, naciendo de nuevo en cada generación, para ser vivida y aplicada de una manera nueva y particular. La convención es simplemente la osificación de las costumbres sociales. La actividad de las personas convencionales sólo es una excusa para *no* obrar de una manera más íntegramente humana. La tradición nutre la vida del espíritu: la convención sólo disfraza su interior decadencia.

»Por último, la tradición es creadora. Siempre original, ella se abre constantemente nuevos horizontes para una vieja jornada. La convención, por el contrario, es plagiadora, limitadora, abyecta; cerrada sobre sí misma, lleva a la esterilidad completa.

»La tradición nos enseña a amar porque desarrolla y expande nuestras fuerzas y nos enseña a darnos al mundo en que vivimos a cambio de todo lo que hemos recibido de él».³

Al leer algo así, uno siente necesariamente la obligación de preguntarse, aunque sea a beneficio de inventario, por la propia herencia social y cultural: en un proyecto educativo como el mío (o como el nuestro), ¿qué es en realidad tradición y qué es rutina o mera convención social?. En cierto modo, preguntas como esa fueron las que nos llevaron a plantearnos el proyecto del que ha resultado este pequeño libro. Queríamos mantener

³ TH. MERTON, *Los hombres no son islas*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1998, p. 141.

la tensión del hilo de la memoria, promover la reflexión sobre la acción educativa, recuperar la riqueza de la experiencia docente y profundizar, de alguna manera, en eso que llamamos “fidelidad creativa”. Se trataba, en suma, de hacer consciente, contemplar y agradecer la sombra del árbol. Sobre todo, eso: agradecer la historia y la herencia recibida.

Para ello, una de las posibilidades que se nos ocurrió fue proponerles a todos los profesores y profesoras (maestros y maestras) ya jubilados, que escribieran una carta a un joven profesor (o profesora), en la que pudieran libremente expresar y transmitir lo que consideraran esencial o importante de su propia experiencia docente. Aunque se trataba de hacer una carta genérica o impersonal, sabíamos que en su fuero interno algunos de esos escritos iban dirigidos a rostros concretos.

Muchos de esos educadores jubilados respondieron a nuestra propuesta. Unos expresando su intención de participar y enviando las cartas que escribieron a lo largo del año 2014 y que engrosan este libro; otros agradeciendo la invitación y manifestando su voluntad de participar de otra manera que no fuera por escrito, pues en este momento se les antojaba complejo o fatigoso por razones de edad o de salud; algunos, muy pocos, rechazando amablemente la invitación

por cansancio o por dolor (sí, también por el dolor inevitable que nos deja alguna herida).

El resultado final es este libro. Podríamos decir que no están todos los que son, pero sí son todos y todas las que están. Y en todas estas cartas hay algunas constantes comunes de la experiencia vivida que trascienden el relato personal: el agradecimiento, el recuerdo de alumnos y compañeros (¡la importancia del trabajo en equipo!), la historia compartida, la misión y la vocación... En todas ellas, cada una a su manera, se escucha un particular latido. No hablan fundamentalmente de técnicas ni de metodologías, por muy importantes que estas sean (¡y lo son!), sino de algo previo, “*pre-pedagógico*” podríamos decir; algo así como una disposición o un entusiasmo y un valor. Nos hablan del valor de educar pero en el doble sentido de la palabra “valor”: de valía o importancia (“lo que vale”) y de valentía o coraje. Por eso, tal vez a este manojito de cartas podría habersele puesto el mismo título que lleva el libro del norteamericano Parker J. Palmer: *El coraje de educar*. En ese otro texto, Palmer insiste precisamente en que lo esencial de la tarea educativa es la fuente o el paisaje interior del docente (su “identidad e integridad”), y sólo en segundo lugar (aunque también es importante, claro está), la preparación técnica. «*La técnica* –dice textualmente Palmer– *es lo que utilizan los*

*profesores hasta que llega el auténtico profesor»*⁴. Pues bien: estas cartas son, de alguna manera, reveladoras de ese paisaje interior.

De todos modos, es el propio lector quien debe sacar sus propias conclusiones de la lectura de estos textos. Quizás los jóvenes (y no tan jóvenes) educadores a los que van dirigidas puedan encontrar en ellas alguna luz para interpretar y alimentar su actividad docente hoy día; algo así como sencillos faros a lo largo del camino (o de la navegación), cuya misión no es atraer al navegante hacia sí sino servir de referencia para que cada cual pueda orientar su propia travesía.

Por último, y sobre todo, si de algo quiere ser expresión este pequeño libro, es de sincero y profundo agradecimiento y reconocimiento hacia quienes lo han escrito y, a través de ellos, hacia todas y todos los que han dedicado y siguen dedicando tantos años de su vida a la tarea de educar, contra viento y marea, con aciertos y con errores, entre dudas y certezas, en el “Colegio del Salvador” y “Jesús María – El Salvador”.

Abderramán III, el que fuera primer califa omeya de Córdoba, murió a los setenta años después de un largo reinado lleno de lujo y pla-

⁴ PARKER J. PALMER, *The courage to teach. Exploring the inner landscape of a teacher's life*, San Francisco, John Wiley & Sons, 1998, p. 6.

ceres. A su muerte, sin embargo, encontraron en su diario el balance o la cuenta que había llevado de los pocos días que él consideraba felices en toda su existencia: «He reinado más de cincuenta años –decía– en victoria o paz (...). En esta situación, he anotado diligentemente los días de pura y auténtica felicidad que he disfrutado: suman catorce». No cabe ninguna duda de que el monarca musulmán se dejó llevar por su melancolía patológica; o tal vez lo que pasa es que la felicidad está reñida con la contabilidad; o puede que la auténtica felicidad sólo quepa en “catorce días” de toda una vida... Quién sabe. Quizás este puñado de cartas es también el relato de los catorce días de felicidad de un educador. Aunque sólo fueran eso, en toda una vida, mereció y sigue mereciendo la pena, ¿no?

ANDRÉS GARCÍA INDA
Zaragoza, diciembre 2014

Cariño, respeto, gratitud

MAITE ABÓS BARA

Querida amiga:

Permíteme que me tome la confianza de acercarme a ti, desde esta etapa jubilosa presente, como una amiga que quiere compartir contigo lo que ha dado sentido, y lo sigue dando, a toda mi vida personal, familiar, laboral...

Hace unos días me llegó una comunicación que me sorprendió. Se trataba de una invitación, desde el Colegio del Salvador (y “Jesús María – El Salvador”), a participar en un pequeño proyecto: “Recuperar la *memoria docente* del colegio como una forma de profundizar y orientar la tarea educativa en el momento actual, en tiempos complejos”.

Se nos pedía al profesorado “jubilado” que escribiéramos sobre nuestra experiencia personal como docentes y que lo hiciéramos a modo de carta...

Harto difícil es tener que resumir en una carta toda una vida de trabajo, pero ¡lo voy a intentar!

Haciendo una mirada retrospectiva hasta donde recuerdo, veo a mi familia, una familia unida, fuerte en valores humanos y cristianos de donde se me van trasvasando poco a poco esos principios y criterios que me van a acompañar a lo largo de mi vida.

El Colegio, complemento muy importante en mi educación, va añadiendo conocimientos, formación humana y cristiana que irá conformando mi personalidad.

Llegado el momento de escoger por qué camino quiero ir profesionalmente en la vida, elijo la docencia, dentro de las pocas posibilidades laborales que había para una chica con carrera universitaria hace 50 años.

Siempre he entendido la docencia íntimamente unida a la educación: docente – educador. Es decir, no solo la persona especializada en determinadas áreas del conocimiento, que las transmite mediante un proceso de enseñanza-aprendizaje, sino también la que acompaña en el desarrollo de

las facultades intelectuales y morales de las personas. Y en mi caso, también, desde la fe en Dios, Padre de Jesús.

Comienzo mi trabajo en el mismo Centro donde me educaron, Jesús-María, y donde puedo seguir compartiendo y transmitiendo ese estilo de vida dentro de una gran familia: la comunidad educativa a la que en un momento determinado, expresamente, se le añade un plus: cristiana. *Comunidad educativa cristiana*. Se trataba de dar un paso más hacia el deseo de conformar una gran familia en la que todos los colectivos –religioso, profesorado, alumnado, padres y personal no docente– nos sintiéramos parte activa en la tarea educativa, a la vez que teníamos presentes a Jesús, a María y a nuestra Fundadora Claudina Thévenet como referentes y como motor dinamizador de nuestra actividad.

La actividad pastoral del Centro era compartida por la mayoría del profesorado, en mayor o menor medida, llegándose a concluir como algo fundamental que Pastoral hacíamos todos.

Sin temor a equivocarme te digo también que asumíamos el Proyecto Educativo y el Ideario del Centro con el deseo de poner lo mejor de nosotras mismas en juego. El ambiente que se respiraba era de trabajo, de compañerismo, de confianza, ilusionante.

Todo ello hacía más gratificante el trabajo. Al menos así lo vivía yo. Te puedo decir que fueron tiempos muy activos y muy interesantes

Llegó un momento muy importante para nuestro Colegio, femenino hasta entonces. Fue la fusión con el Colegio del Salvador de los PP. Jesuitas, masculino hasta ese momento.

No me voy a entretener aquí en explicarte dicho proceso. Si quieres puedo hacerlo muy gustosamente en otro momento. Pero sí te diré que, en conjunto y después de treinta años que duró la unión, fue una buena experiencia de Iglesia.

Las novedades siempre tienen sus dificultades pero también su parte buena, y poco a poco el “mastodonte” en que se convirtió el nuevo colegio, “Jesús María - El Salvador”, fue haciendo buen camino y se fueron ensamblando todas las piezas. Cada Congregación fue aportando su carisma desde la misma raíz ignaciana y el profesorado, el alumnado y las familias a las que les afectó el cambio, vivimos una transición y un periodo de adaptación sin rupturas pero no exenta de críticas de todo tipo, sobre todo en sus comienzos. Era una novedad educativa y de Iglesia demasiado novedosa para ser aceptada plenamente desde el principio.

Pero a mí la experiencia me enriqueció en todos los sentidos:

- Humanamente, porque se amplió considerablemente la comunidad educativa, las relaciones humanas y laborales.
- Intelectualmente porque fue un reto continuo y no pequeño, sin que por ello menguara la ilusión y el deseo de estar “a la altura” tanto en el nuevo Claustro como con el nuevo alumnado; tengo que recordarte que formaba parte de un colegio femenino y ahora ya estábamos juntos religiosos y religiosas, profesoras y profesores, alumnos y alumnas. Algo nada frecuente por aquel entonces.
- Cristianamente, porque se reforzó por parte de las dos Congregaciones la formación y las experiencias cristianas sobre todo del profesorado, ofreciéndonos muchas oportunidades, tanto a nivel personal como a nivel grupal, de poder vivirlas y compartirlas: retiros, convivencias, ejercicios espirituales... y la formación continua en pedagogía ignaciana.

No olvides que las dos Congregaciones huntan sus raíces vitales en Ignacio de Loyola.

Mi relación personal y profesional con mis compañeros y compañeras ha sido siempre buena, yo te diría que incluso muy buena con muchos de ellos. El respeto, la consideración, la colabora-

ción, el compartir muchas tareas e inquietudes, la resolución de conflictos, las celebraciones también compartidas... ¡tanta vida!, ¡me han ayudado tanto! ¡Me han aportado tantas cosas buenas! ¡Qué agradecida les estoy a todos!

En cuanto a la tarea con el alumnado siempre la he vivido con mucho cariño, respeto y gratitud.

– *Con cariño*: porque es el ingrediente principal para que transcurra bien una relación.

Acercarnos con cariño a las personas, en particular si las ponen bajo nuestra tutela y tienen poca edad y andan despistados por tantas cosas, y muchas veces sufriendo por causas ajenas a ellos mismos... Una buena acogida, un interesarnos por ellos, tenerlos en cuenta..., tiene resultados muy diferentes que si solo son un número, o porque son tímidos se nos hacen invisibles, o porque nos molestan o son rebeldes, intentan hacernos la vida imposible.

Nosotros somos los adultos y hemos de responder como tales en cualquier circunstancia.

– *Con respeto*: todo ser humano, tenga la edad que tenga y sea como sea, tiene derecho a ser tratado con respeto. En ningún momento ni con ninguna excusa se le puede ridiculizar o hacer algo que menoscabe su dignidad, ni sentir que nadie lo haga.

Esto es muy importante tenerlo en cuenta, sobre todo actualmente, cuando parece que nuestra sociedad lo ha olvidado.

– *Con gratitud*: ¡cuánto he aprendido, a lo largo de los años, gracias a mis alumnas y alumnos! Ellos han hecho que me mantuviera abierta a los acontecimientos, que me actualizara en todos los sentidos, que cada día tuviera un nuevo reto. ¡He compartido tantas cosas con ellos! He sentido, en muchos momentos, cómo confiaban plenamente en mí haciéndome su confidente. Me han pedido consejo. También me han convencido, a veces, con sus puntos de vista y sus opiniones, y en la medida de lo posible y razonable, he procurado tenerlas en consideración.

La educación lleva consigo el trabajo de sentar las bases para ir desarrollando la libertad responsable en los niños y adolescentes a pesar de las dificultades con que nos podamos encontrar, que no son pocas, en la esperanza de que estamos educando personas críticas, capaces de hacerse preguntas y buscar respuestas, de equivocarse y de tener aciertos, de tener iniciativas y abrir caminos, de mirar lo que sucede a su alrededor y compadecerse del que lo pasa mal, de tender puentes que faciliten las relaciones humanas..., de tal manera que cada persona, allí donde le toque estar, pueda ir transformando la sociedad para hacer un mundo más justo y más fraterno.

Esto es lo que debemos tener en cuenta si realmente nuestro trabajo es vocacional. Y entonces nuestra ilusión por la tarea se renovará todos los días, no nos “dolerá” el tiempo invertido, y el cansancio propio de cada jornada tendrá su compensación por el trabajo hecho con “sentido”, con profesionalidad y sobre todo con cariño. No estamos haciendo tornillos. Estamos acompañando en el proceso formativo y madurativo a personas que merecen ser felices ahora y en un futuro, porque sepan elegir libremente el camino que les haga ser mejores seres humanos.

Recuerdo con gran cariño a las personas con las que compartí las tareas educativas a lo largo de mi actividad docente: religiosas y religiosos, alumnas y alumnos, padres que colaboraban en la educación aportando lo mejor. Todavía hoy me relaciono con muchas de ellas desde la amistad y desde la experiencia de haber dado un paso más en nuestra relación personal, saber que nos une además de una vida vivida laboralmente, con todo lo que eso supone, un cariño sincero y firme, libre de intereses de ningún tipo, gratuito.

Te aseguro que cuando me encuentro con antiguos alumnos y alumnas que me expresan su cariño y gratitud por lo vivido juntos, o con padres y madres que se alegran de verme y comentamos anécdotas pasadas, mi gozo es inmenso y

le doy muchas gracias a Dios que me permite vivir esos momentos.

Y ya no te digo todo lo que siento cuando veo y conozco la trayectoria de vida de muchos de ellos... Hemos de sembrar sin esperar ver los frutos pero... ¡qué alegría tan grande se siente cuando además se tiene la oportunidad de verlos!

En fin... me parece que me he dejado llevar demasiado de los recuerdos y esta carta se está extendiendo un poquito. Perdóname si te parece un poco larga pero no he sido capaz de sintetizar más mis vivencias.

No pienses que en el día a día todo ha sido maravilloso, pero las dificultades, que siempre se presentan, quedan empujadas si sabemos ser positivos. Yo me he centrado, exclusivamente, en mi experiencia gratificante que es, en resúmenes, lo que quiero transmitirte.

Deseo que tu vivencia docente sea tan grata como la mía, por lo menos. Que, cuando te jubiles, puedas decir como yo digo siempre: si volviera a nacer ahora, con tantas posibilidades de elección, volvería a elegir ser docente – educadora.

Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites.

Recibe un cariñoso abrazo.

Una memoria agradecida

CARMEN BLAT GIMENO RJM

Carta a un@ joven profesor@:

Desde la dirección del colegio de Zaragoza se me ha pedido compartir mi experiencia como persona, como educadora, del tiempo que pasé en esa tierra que desde entonces ya es muy querida para mí.

Esta pequeña aportación la he pensado como *una memoria agradecida*.

Voy a empezar este breve relato con el recuerdo de la despedida que celebramos con las compañeras y compañeros del colegio, ya conjunto en esas fechas, y con nombre nuevo: Jesús María - El Salvador

Destaco algunos gestos, rasgos de especial significado para mí. Pedí la canción “*Gracias a la vida*”, y en mis palabras de sincera gratitud y cariño, glosé un texto de Pedro Casaldáliga, que resume bien mi experiencia de todo ese tiempo:

Al final del camino sólo me preguntarán: ¿has amado?...

Y yo no diré nada.

*Mostraré las manos vacías
y el corazón lleno de nombres.*

Tanto el contenido de la canción como el texto citado indican bastante bien mis sentimientos y recuerdos de esa época: la gratitud a la vida, a la gente de la que tanto recibí en ese tramo del camino de mi vida, y el deseo de llevar muchos nombres en el corazón.

Llegué a esa ciudad siendo muy joven, con toda la inexperiencia que puede dar la edad, pero también con toda la ilusión y la capacidad de abrirte a nuevas personas y proyectos. Aterricé en nuestro colegio de Cortes de Aragón como directora del centro.

Me encontré con una comunidad educativa muy acogedora, creativa, tanto en el profesorado y personal, como en la Asociación de Madres y Padres, y muy dispuestos a hacer camino juntos, como experimenté en todo el tiempo que he estado ahí.

De esta época en que impartí unas horas de clase de religión y filosofía en el bachillerato, me quedo con el valor de la relación interpersonal en la educación. En algún momento he pensado que un ideal de cualquiera de nuestros centros es que cada alumno y alumna se sienta querido especialmente por alguien; que su persona, su paso por el centro haya sido especialmente significativo para alguien. Y esto lo pienso no sólo para los alumnos sino para la convivencia; da lo mismo la edad, si son alumnos, o compañeros y compañeras. Creo que este valor me va acompañando en la vida; no le doy tanta importancia a la tarea o trabajo que realizo, a saber mucho o poco, sino a situarme y sentirme en la vida como una persona que camina y se hace con otros y otras.

Por razones que no vienen ahora al caso, se nos puso en el horizonte diseñar un centro de Iglesia entre dos congregaciones religiosas que tuvieran una espiritualidad común, contando con las peculiaridades que aportan los propios carismas, en nuestro caso Jesuitas y Jesús-María. Y así emprendimos este viaje a través de largos e intensos diálogos entre representantes de las dos instituciones, y sobre todo con las bases de la comunidad educativa, que iban a ser los sufri-dores y al mismo tiempo gestores y artífices del proyecto educativo en la vida cotidiana.

En ese tiempo, en torno a los años ochenta, la iglesia de Zaragoza, y en concreto su Arzobispo, lanzaba retos a los cristianos de su diócesis, y en concreto a las escuelas, para ir formando pequeñas comunidades cristianas, y especialmente para llegar a concebir los centros como comunidades educativas cristianas.

Y en ese sueño o más bien utopía nos embarcamos.

Algunas bases o previos innegociables:

- El diálogo constante y abierto con las personas y colectivos implicados de ambos centros
- El mantenimiento de todos los puestos de trabajo del personal de los dos colegios, en el inicio y a lo largo del tiempo que durara el proceso inicial hasta su consolidación.

Este aspecto fue para nosotros la base humana indispensable sobre la que se sustentaba un eje fundamental de la fusión.

¿Cuáles eran los retos del proceso? El primero, reflexionar sobre los aspectos básicos, que hoy llamamos “misión, visión, valores”, de los dos centros educativos, en la manera de proceder, en el estilo educativo, en la pedagogía, puntos similares en la educación. En definitiva se trataba de enriquecer el proyecto con las peculiaridades que

aportaba cada institución, cada equipo de profesores, educadores y personal no docente, para que el nuevo proyecto educativo creciera complementándose con la experiencia y calidad de todos, respetando la propia historia, pero abriendo nuevos caminos y nuevos horizontes en el campo de la educación en la ciudad de Zaragoza.

El segundo era el reto de la coeducación: partíamos de colegios masculinos o femeninos; la presencia de mujeres y hombres en las aulas, patios, equipos de trabajo, de pastoral, dirección... facilitó la tarea: la complementariedad se transmitía sin necesidad de explicación, por ósmosis, como forma de vida y trabajo que enriquece cualquier elemento vivo de la sociedad, y también por tanto enriqueció nuestra pequeña célula que se iba formando.

Y voy a ir terminando.

Al comienzo he aludido a la canción de "Gracias a la vida". Cuando se citan nombres se tiene el peligro, casi inevitable, del olvido, pero a pesar de ello voy a correr el riesgo, nombrando y agradeciendo a algunas personas de forma especial.

A José Antonio Martínez Paz SJ, uno de los primeros impulsores de la idea, y que una vez dada a luz y puesta en marcha la fusión de los dos centros, supo acompañarnos de manera cercana pero muy discreta. Él nos transmitió con insistencia que lo que da valor a las cosas no es el

final de algo, que por cierto nunca se sabe, sino el camino que se recorre juntos. Igualmente al P. Ceferino Peralta SJ.

A los superiores provinciales del momento inicial: Hna. Aurora Trallero RJM y P. Eduardo Serón SJ, que nos dieron un apoyo incondicional al P. Vicente Parra SJ y a mí.

Y de manera muy especial a todos los compañeros/as de camino, profesores y personal de cada uno de los servicios, todos muy queridos para mí, mis compañeras de comunidad religiosa; así como agradezco también a las Juntas de A.P.A su colaboración incondicional para llevar adelante la unión de los dos centros educativos en un solo colegio.

Y a los alumn@s, que siento que se han ido enriqueciendo a lo largo de estos 32 años de lo bueno de las dos comunidades educativas y del impulso renovador que aporta emprender un nuevo proyecto: se renuevan modos de hacer, de educar y enseñar, de querer a los demás...

Antes de acabar lo que he titulado como “mi memoria agradecida” quiero expresar algo que he echado de menos: Me hubiera gustado que al finalizar la etapa de tarea conjunta hubiera habido alguna celebración festiva, para agradecer los años en que hemos compartido tantas cosas y así podernos encontrar de nuevo en esa tierra tan acogedora y querida.

Gracias de nuevo.

Lo que yo he vivido

DOLORES CASTÁN DÍEZ

Después de tres años de no estar en un aula y vivir en el mundo del jubileo, no creo que lo que yo pueda contar sea actual ni le pueda servir a nadie. Mucho menos pretendería aconsejar nada, cada persona tiene su estilo y probablemente en la variedad esté el gusto. Ahora se llevan la diversidad, la pluralidad... Yo desearía que en la enseñanza fueran valores en alza frente a la homogeneidad y la uniformidad, sin que eso signifique ni de lejos que cada uno haga lo que quiera.

En todo caso, opto por contar lo que yo he vivido, quizá a alguien le pueda resultar interesante. Son aspectos generales que a mí me han dejado un poso de felicidad, la impresión de que

mi trabajo profesional me ha llenado y la valoración de que ha sido una suerte haber dedicado más de la mitad de mi vida a enseñar, sin la pretensión de educar, pero sí con el convencimiento de que lo que transmitía, si era coherente con lo que yo era y vivía, podría dejar alguna huella en las personas con las que he compartido esta profesión: el alumnado y sus familias y mis compañeros profesoras y profesores, igual que ellos la han dejado en mí.

Yo siempre quise enseñar, la carrera me fue defraudando porque respondía mal a los problemas concretos que yo veía en mi entorno, era demasiado abstracta y poco aplicable a mi realidad cercana. La terminé por ese deseo de ser enseñante. Eran buenos tiempos para encontrar trabajo, terminé la carrera en septiembre y empecé a trabajar en el cole el día 1 del mismo mes.

En el año 74, en tiempos de dictadura política, los estudiantes que pensábamos enseñar teníamos en la cabeza la idea de clases participativas y la forma de llevarlas a la práctica: la semana empezaba con una asamblea en la que se elegía el equipo gestor y se decidía qué se iba a hacer durante cada hora de clase. El equipo establecía el orden en las actividades, calificaba, se preocupaba de que se cumplieran las normas que se habían establecido... la profesora o pro-

profesor opinaba si surgía algún problema y explicaba su materia cuando le tocaba. Pedía el turno de palabra como todas. El alumnado debía estar en grupos, las mesas formaban un semicírculo. Todos los grupos debían pasar por esa tarea a lo largo de la evaluación. El profesorado corregía los controles y los promediaba con las notas de clase que hubiera. Así dimos clase una temporada, supongo que con el deseo de demostrar que esa forma de funcionamiento era posible, también a nivel global de la sociedad.

Creíamos en el constructivismo, aunque no sabíamos que se llamaba así. Cuando eso fue lo moderno, nos quedamos en la cresta de la ola: no hagas tú lo que el alumnado sabe y puede hacer, sólo ayúdalo a avanzar; “no des peces, enseña a pescar”.

El sector de la enseñanza era prácticamente de voluntariado. No existía el contrato de trabajo firmado por ambas partes, se cobraba en sobre (¡¡Dios mío, a qué me recuerda eso!!). No existía más sindicato que el vertical. El hecho de pedir el contrato, cobrar en nómina, que las tutorías y demás actividades escolares se reflejaran en ella o pelear los sucesivos convenios colectivos era algo muy poco natural entonces, los que nos dedicábamos a impulsarlo parecíamos extraterrestres. Hoy nadie se puede imaginar que en los años setenta se funcionara así.

En un colegio religioso, las creencias de cada cual eran importantes; como hoy, por cierto. Las mías eran bastante raras, era el inicio de las comunidades cristianas populares, leíamos al Padre Llanos, a Díez Alegría, Gustavo Gutiérrez; sabíamos algo de teología de la liberación y eso nos hacía ponernos en cada situación al lado de los que parecía que necesitaban más apoyo. En el colegio, eso tenía unas concreciones determinadas. Defendíamos que “tratar igual a los que son diferentes de partida, no hace más que aumentar las diferencias y las injusticias”.

Mi lucha particular en el colegio mixto se centró en que fuéramos visibles las alumnas, las madres y las profesoras; el éxito no fue espectacular.

Había un hervidero de escuelas de pedagogía y de tendencias pedagógicas. Intentábamos estar al tanto de lo que proponían para evolucionar e ir mejorando, aunque algunos modelos no fueran adaptables a nuestra realidad: Rosa Sensat, Freire, Summerhill...

Los años 90 fueron los de la gran democratización de la enseñanza y fueron estupendos, hubo realmente renovación pedagógica, se dedicaron muchos recursos a formación del profesorado. Recuerdo con infinito agradecimiento los equipos de trabajo, en los que preparábamos unidades didácticas pensando en los objetivos que queríamos conseguir del alumnado y los

medios necesarios para alcanzarlos. En clase no hacíamos más que observarles, tomar datos, anotar en qué punto se perdían y modificar la actividad para que la siguiente vez estuviera mejor adaptada a sus necesidades. No sé si aprendían más, pero tanto ellos como nosotros estábamos a gusto y motivados, la clase se pasaba sin sentir y cuando salíamos, ellos seguían con el tema...

Estas actuaciones sólo fueron posibles con un equipo de personas que queríamos conseguir lo mismo, que nos complementábamos, que teníamos ganas e ilusión de trabajar, una base ideológica bastante afin y la seguridad de que el alumnado, cada persona, tiene derecho a la educación, a avanzar respecto a su punto de partida y por tanto era nuestro deber darles los medios para que lo consiguieran.

Sólo así, con un equipo de curso y si es posible con un apoyo más general del resto del claustro y de la estructura colegial, se puede actuar con cierta eficacia en educación y más en los grupos de mayor dificultad. El profesorado de ese tiempo recuerda con nostalgia la unidad didáctica de la Revolución Industrial, en la que participamos todas las asignaturas de 8º de EGB. Así se pueden llegar a modificar hábitos, conductas, incluso capacidades, marcando objetivos escalonados, de acuerdo en cuáles son los primeros y prioritarios, irlos evaluando y según se consiguen ir avanzando

poco a poco en otros. No hay que perderse en normas inútiles sino ir directos a conseguir lo que nos proponíamos como colegio y como claustro sin querer correr demasiado y sin hacer quemar etapas al alumnado.

A mí me ha ayudado mucho para objetivar aprender en otras fuentes, el hecho de tener muchos apoyos también fuera del colegio: en el barrio, educación de adultos, comunidades populares, sindicatos, grupos políticos, organizaciones sociales. Eso me sacaba del estrecho marco del colegio, me hacía ver las cosas con otra perspectiva y creo que volvía al colegio con otros enfoques.

He aprendido mucho de mis compañeros y compañeras y muchísimo del alumnado, tanto pedagogía como valores humanos, tesón, paciencia, sentido del humor, dejar salidas abiertas, cariño, renunciar a lo propio por lo común, incluso algún contraejemplo.

Siempre creo que hemos intentado respetar a cada alumno y alumna como persona, con sus características de carácter, familiares, ambientales, intelectuales... A todos queríamos darles un voto de confianza, todos pueden aprender, mejorar desde su punto de partida inicial, y es fundamental creerse que la diversidad existe y es buena y por tanto los mismos objetivos no son posibles para todo el alumnado. Hemos in-

tentado atender a los que más lo necesitaban contemplando también trabajo para los más rápidos. Les hemos dado confianza, pero también con suficiente distancia, el “coleguismo” no es ni medio bueno, el alumnado necesita pautas y tener personas adultas cerca, que sus amigos están en otro lado.

Me parece fundamental ser legal: decirles cómo se va a actuar y hacerlo, no darles sorpresas desagradables ni cambiar arbitrariamente las pautas de actuación. Que sepan siempre a qué atenerse con cada profesor o profesora y con el conjunto. El oscurantismo parece que nos protege pero a la larga es malo para todos.

Nos ayudaba siempre un dicho oriental que nos repetíamos el equipo docente de un grupo especialmente complicado al salir de clase con el ánimo cambiante: “los días que las cosas salen bien, acuérdate de tus fracasos; los días en que todo sale mal, acuérdate de tus éxitos”.

En educación nunca se puede dar nada por supuesto, hay que contar siempre con avances y retrocesos. El alumnado es como una planta y no por mucho tirar de ella crece más aprisa. Hay que mimarla, regarla y abonarla para que vaya creciendo a su ritmo. Hace falta mucho tiempo para tener una cierta perspectiva de avance; mientras, hay que seguir trabajando sin ver los resultados, pero con la esperanza de que todas

las personas tienen en sí mismas las cualidades necesarias para avanzar, y nuestro papel sólo es generar el ambiente y poner los medios adecuados para que las desarrollen.

Enhorabuena joven profesora o profesor, tienes la profesión más bonita del mundo (además de tener trabajo). Disfruta mucho con ella. Podrás ser una persona en continua renovación por el contacto con nuevos seres humanos, nuevos contextos y nuevos retos que afrontar cada curso.

Me alegraré si te anima o si te plantea interrogantes alguna de las muchas cosas buenas que yo logro rastrear en mi experiencia de años de enseñar.

Gracias por tanto bien recibido

JOSÉ JAVIER CADEVILLA MARCELLÁN SJ

Querido Agi:

Antes que nada el sentimiento que me aparece es el agradecimiento. En expresión de Ignacio: Gracias por tanto bien recibido. Me tocó vivir con mis compañeros del Pignatelli unos años de una intensidad desbordante, los años de la transición, y desde aquí impartía mis clases de religión en tercero de B.U.P. y los seminarios en C.O.U.; mi labor educativa se desarrolla tanto en las clases como en las convivencias, adaptación de los Ejercicios de S. Ignacio al proceso evolutivo del alumno.

La clave de mi vida y de mi hacer pedagógico: la persona de JESUCRISTO. La manera de hacerlo

estaba guiado por la catequesis antropológica, es decir, partir de los interrogantes de los alumnos y sobre todo inculcarles uno nuevo: ¿Quién es este hombre?... y como diría León Felipe tal vez sea Cristo.

Tengo que poner rostros a este proceso y tu Agi los conoces bien: Anica, Titín, Consuelo, Aurora la cantora, Manolo, Nacho, Pedro... El etcétera es tan largo y tan entrañable que este ha sido de los regalos mejores que he recibido en mi vida. Los quiero y me siento querido por ellos.

Compartí con ellos muchísimo (todo mi haber y poseer): Cantos, risas, plegarias, pascuas juveniles, ejercicios... muchas ilusiones y sueños y también un motón de dolor en las muertes de Anica y Sonia.

A todos intente llevarles al conocimiento interno de Cristo para que conociéndole, le sigan.

Siento felicidad en esta mirada retrospectiva por tantos momentos y lugares: Anzánigo, Nazaret, Taizé, Uncastillo...

Me siento enormemente agradecido por tantos y tantas compañeros y compañeras de camino que me han ayudado en el viaje, con los que he recorrido un largo trecho.

Pero también quiero pedir perdón. Perdón por mis no pocas intransigencias y debilidades.

Perdón por la palabra inútil y el amor desperdiciado.

Perdón por mis olvidos y silencios.

Perdón por el tiempo perdido y el trabajo mal hecho.

Perdón porque muchas veces la opción por los pobres ha sido deseos y no ha pasado de palabras.

Perdón sobre todo, tú Agi me lo dijiste en una larga carta, si “no he sabido amar el tiempo que nunca brilla”.

Para lo que me queda de vida, quiero vivirla con optimismo y bondad, llevando a todas partes un corazón lleno de compasión y paz.

En el camino de los setenta en el que estoy me gusta decir con frecuencia: “Tomad, Señor y recibid...”.

Gracias Agi, por haberme dado la ocasión de expresarme y termino con un deseo que quiere ser oración: Señor, a mis amigos y compañeros llénalos de sabiduría, paz y amor para que sepan perdonar mis fallos y que nuestra amistad dure siempre en nuestros corazones.

Un fuerte abrazo a ti Agi y otro a Luisa. A tus hijos un beso, pero ya no los conozco.

¡Están locos!

TOMÁS COMÍN BLASCO

A ti profesor/a que has elegido el Colegio del Salvador para desarrollar tu vocación docente:

En primer lugar deja que te diga que la historia de este colegio viene de muy atrás (1872) y siempre ha estado en la vanguardia de la educación, y eso ha sido posible porque todas las personas que en las diferentes etapas han desarrollado su labor en él lo han hecho “en cuerpo y alma”, como se suele decir. Por lo tanto ya sabes a lo que te obligas no solo desde que accedes al hall del colegio sino cuando sales por él también.

Te felicito pues por tu vocación docente y por buscar el “magis” como dice su fundador san Ignacio de Loyola. Ser docente nunca ha sido ni fácil ni cómodo para nadie y hoy en día me

atrevo a decir que menos, porque hemos de luchar contra elementos muy poderosos que nos apabullan un poco o mucho a veces, pero ahí está uno que se crece en la adversidad cuando llega y todo acaba superándose porque como es la consecuencia de una vocación ésta da “muchas alas”, ya verás.

Quien se atreve a escribir estas líneas ha estado 41 años de su vida en el colegio que tú ahora estrenas y por tanto algo de experiencia me avala. He vivido un tiempo muy cambiante en la educación, de aquellos tiempos en los que te llamaban “don...” a éstos que te dicen “profe”, ni mejor ni peor uno que otro pero es el reflejo de la sociedad de cada momento que nos toca vivir. El problema está si no somos capaces de verlo así para la adaptación correspondiente.

En nuestro campo de trabajo las satisfacciones llegan con cuentagotas (ya sabes, si tienes que suspender es “me han suspendido”, si tienes que aprobar es “he aprobado”) pero cuando llegan lo das por bien empleado y resulta todo muy gratificante. Estas cosas se ven y valoran más con el tiempo a medida que va pasando. Al menos en mi caso ha sido así.

En el equipo docente encontrarás un apoyo y estímulos muy valiosos pues con el paso del tiempo irás haciéndote mayor con ellos y eso crea lazos que ayudan mucho en el trabajo dia-

rio. Y puede que llegues con ellos al final de tu vida laboral, como me ha sucedido a mí y a otros que me han precedido.

Ser docente hoy es ser un poco como el hombre del Renacimiento, abierto a todo lo que se mueve alrededor; ser docente es muy exigente y si además se pretende educar en valores –como es, supongo también, tu caso– la cosa ya va para nota, como se suele decir. Pero en este colegio verás que no es tan difícil porque eso lo vivirás sin apenas darte cuenta porque todos empujan en la misma dirección y eso da mucha tranquilidad; y si alguna vez te “paras a descansar” pronto verás que estás andando de nuevo porque el equipo empuja “p’alante”.

Por tanto tienes una obligación que te acompañará siempre y es que tienes que trabajar de forma y manera que contribuyas a hacer que el colegio del Salvador siga en lo más alto y tenga el prestigio al que han contribuido todas las personas que te han precedido. Que cuando al final de tu vida laboral lo dejes esté al menos como cuando llegaste a él o más alto si cabe. Yo así te lo deseo.

Y ya para terminar te acompaño lo que dije en el claustro de mi despedida en Junio de 2013:

«Yo los conozco. Los he visto muchas veces. Son algo raros, la verdad. Algunos llegan antes de hora

al colegio, otros se van más tarde, otros no paran ni para tomar el café.

»Ahora en verano se van de vacaciones, pero no... no desconectan del todo siempre atentos a lo que ven por si les puede ser útil para el siguiente curso. Suelen llevar caramelos de miel y limón en los bolsillos o una botellica de agua siempre a mano. Su garganta está dolorida, sobre todo la de los más veteranos, pero siguen enseñando; a menudo fuerzan su voz pero siguen transmitiendo sus conocimientos y valores con cariño, y mucha paciencia.

»Yo los he visto, parecen estar atacados por algún extraño virus. Salen de excursión con los alumnos, visitan granjas, fábricas, ciudades, hacen intercambios con otros alumnos del extranjero, realizan convivencias, festivales, exposiciones, bueno... ¡un sinfín de actividades!.

»Por la noche a veces sueñan con ese alumno que no “arrea” como ellos quisieran, o “arrear” demasiado por donde no deben. Tengo entendido que van cargados con trabajos y exámenes que han corregido la noche anterior en su casa o donde pueden. También llevan una especie de bolígrafo tecnológico donde tienen todo el trabajo que hacen.

»Son mujeres y hombres, religiosos, seculares, casados, solteros, jóvenes, mayores... y a todos les apasiona su trabajo, ver cómo crecen sus alumnos y ayudarlos a conseguir ser personas para los demás.

»Los he visto muchas veces, conozco a bastantes de ellos y creo que están un poco “piraos”.

Son muy autocríticos y no les importa perder tiempo de su ocio para reciclarse continuamente. Hacen balance todos los años de sus experiencias educativas. Tengo entendido que vienen unos señores de negro (una especie de troika) para observar su trabajo y siempre salen muy airosos.

»Yo los conozco y los he visto, repito, parecen no estar bien de la cabeza. Dicen que no solo quieren enseñar conocimientos a sus alumnos, también valores en los que ellos creen; y no es tarea fácil pues tienen que luchar contra muchos elementos adversos y muy poderosos, pero nunca se desaniman y siempre tienen palabras de aliento y cariño para sus alumnos; dicen que son MAESTROS Y PROFESORES. Definitivamente creo que... ¡ESTÁN LOCOS!

»¡GRACIAS POR COMPARTIR ESTA MARAVILLOSA LOCURA!»

Maestro

PACO DESENTRE MIGUEL

CARTA A MIS JÓVENES COMPAÑEROS:

Se me pide, como a otros queridos compañeros, que a modo de reflexión o relato te transmita, a ti que empiezas o a ti que ya llevas unos cuantos años desempeñando tu labor en este centro, mi experiencia personal o mi opinión de lo que significa ser profesor y sobre la vocación docente.

Me parece un poco pretencioso dirigirme a ti en tono didáctico, ya que tú también tienes tus años de experiencia. Tómatelo, por favor, como un cambio de impresiones entre dos colegas, que no desean otra cosa que ayudarse para el desarrollo de tu labor educativa.

Personalmente siempre he preferido ser considerado “maestro”, como mi título indica, que “profesor”, como últimamente se nos ha venido llamando, cosa que nunca he entendido.

“...y todos los que le seguían le llamaban MAESTRO”

Consultando algún apunte veo una descripción sobre “el maestro” que escribía el filósofo y escritor Aranguren: *decía que es aquel que no se limita simplemente a transmitir una enseñanza, sino el que a través de ella imparte una forma de vida*. No puede transmitir felicidad quien no es feliz y no puede educar en valores quien carece de ellos. La vocación docente es algo especial, algo que se siente, que se nota, que está ahí.

Si hay algo de lo que estoy convencido es que para esto no vale cualquiera.

Educar no es sólo meter contenidos y contenidos en las cabezas de nuestros alumnos, sino sacar lo que ese niño lleva dentro y ayudarle a desarrollar esas cualidades, que las tendrá, y corregir algunos defectos, que también existirán.

«La labor del maestro comienza y radica en el acto de dotar al alumno de las técnicas necesarias para que tenga la capacidad y el interés de aprender» (A. Einstein). El buen maestro tiene siempre argumentos para llevar a cabo esta misión, cada uno a su manera (como dice el refrán, cada maestrigo tiene su librigo).

«...y para educarnos le bastó la transparencia de su vida, tan sencilla y tan clara». Esto decía Miguel de Unamuno sobre uno de sus maestros. El niño es como una esponja: absorbe lo que ve, imita lo que percibe y actúa en consecuencia.

Tengo un concepto tan elevado de lo que significa educar que no pararía de enumerar las cualidades que debe reunir alguien que quiera dedicarse a ello.

Una cosa te debe quedar muy clara: no quiero que pienses que yo fui un maestro fuera de lo normal, no, nada más lejos de la realidad, pero sí que fui uno que amaba y ama esta profesión.

Yendo a lo práctico, y si se me permite, voy a citar una serie de cualidades que a mi modo de ver las podría catalogar, según a quienes vayan dirigidas, en dos grupos:

– PARA CON TUS COLEGAS:

Unidad de acción (Implicación): No olvides que vuestra misión es la misma, que navegáis en el mismo barco y que la meta también coincide. Nadie debe escaquearse y sí remar en la misma dirección.

Generosidad: Comparte con los demás todo lo que sabes, que seguro que no es poco. No esperes que nadie te lo pida, a veces todas tus ocu-

rrencias y experiencias educativas, al compartirlas, no hacen sino enriquecerte.

Renovación: Procura no dormirte en los laureles, actualízate en la medida que puedas, tus alumnos te lo agradecerán y tú te sentirás mucho mejor.

Humildad: Reconoce tus fallos, que los tendrás, y pide perdón si has metido la pata, te has excedido o te has quedado corto a lo largo del día a día.

No dudes preguntar cuando te atasques y te sientas perdido.

Te cuento una anécdota que me ocurrió hace muchos años cuando mi padre, maestro de pueblo, vino a verme para poder observar el centro donde su hijo comenzaba a ejercer su labor docente. Después de enseñarle las instalaciones en general y presentarle a mis compañeros, con los que intercambió sus pareceres, al marchar me dijo una frase que me intrigó hasta que me di cuenta del significado del mensaje que me transmitía:

“He visto en este colegio que hay unos árboles que dan muy buena sombra, cobíjate bajo ellos que con su experiencia y tus ganas de saber, aprenderás más que en la Facultad”.

Podría enumerar alguna más, pero creo que ya es suficiente.

– PARA CON TUS ALUMNOS:

El niño espera de ti que seas ameno, gracioso, ocurrente, afable, cordial, que tengas paciencia, tolerante y muchas cosas más. Casi nada ¿verdad?

Tú, sin embargo, deberás procurar actualizarte, tener un buen trato, ser considerado con él, buenos modales, predicar con el ejemplo, ser flexible y sobre todo realista. Cuando te encuentres con un nuevo alumno piensa que ese niño vive en un entorno más o menos favorable y por lo tanto responderá según sean las condiciones en las que éste se desenvuelva.

Y sobre todo no olvides que TÚ, hasta hace bien poco, también fuiste niño/a y también esperaste todo eso de tus educadores.

Por último me gustaría aconsejarte que al final de cada evaluación, curso o ciclo, te encierres contigo mismo y te hagas esta pregunta: ¿He hecho yo, todo lo que estaba en mi mano por este niño/a?

A veces yo lo he pasado mal al responderme, pero...

Ya solo me queda desearte que seas todo lo feliz que yo he sido a lo largo de mis cuarenta y pico años en este que siempre he considerado MI COLEGIO, y que a la vuelta de muchos años (para

algunos no tantos) seas tú el que comparta con los nuevos “maestros” tus vivencias y experiencias educativas.

Un abrazo muy, pero que muy fuerte para todos vosotros, jóvenes y no tan jóvenes, de parte de vuestro compañero y sobre todo amigo.

Ha sido un verdadero placer dirigirme a ti, compañero/a, que la vida te premie por esta labor que estoy seguro vas a realizar de manera sobresaliente.

P. D.: Ojo con los que ya no sois tan juveniles, id preparando lo que le vais a contar a las nuevas generaciones sobre vuestra labor docente (¡vaya marrón!).

Vuestro amigo y compañero.

Ser peregrino

VICENTE DURÁ GARRIGUES SJ

Querida Cristina:

Tengo la alegría de escribir para ti algo de mi experiencia como educador en varios colegios de la Compañía de Jesús durante el periodo de la Compañía que arranca con el concilio Vaticano II y jesuíticamente con Pedro Arrupe, reconocido como uno de los jesuitas cuyo modelo de vida y gobierno de la Compañía sigue muy vivo en la actualidad.

Te dedico a ti estos apuntes porque conozco tu verdadero interés por estar cada vez mejor preparada para llevar adelante lo que más te gusta: educar. En estos últimos años has sido coordinadora de tutores y has acumulado expe-

riencia suficiente. Ahora tienes un tiempo para iluminar esa experiencia durante el año libre de tutorías para formarte más, seguir creciendo humanamente y afrontar el año próximo la responsabilidad que el colegio te ofrezca.

En este año 2014 estamos celebrando en Zaragoza la restauración de la Compañía en 1814, después de 41 años de supresión de la misma en 1773. Justamente uno de los motivos de Pío VII para restaurar la Compañía fue las peticiones que se le hacían al Papa de recuperar la educación de los jesuitas en los colegios, que se veía cada vez más necesaria.

Mi experiencia como educador tiene un marco geográfico que recorre instituciones educativas de la Compañía de Jesús en Valencia (Colegio San José, 1962-65 y Escuelas San José, 1994-2000), Alicante (Nazaret 1972-86), Zaragoza (1986-94) y Mallorca (Montesión 2000-07).

Mi modo de proceder tiene un marco inspirador en los textos de los jesuitas Arrupe –“*educar en la persona para los demás*”– y Kolvenbach, –“*educar en el cambio*” y “*formar personas competentes, conscientes, compasivas y comprometidas*”. Estos dos generales de la Compañía de Jesús han dicho bien lo que queremos en educación los jesuitas en este tiempo de cambios y de crisis. Recojo textos suyos:

Arrupe y sensibilidad social: *«El objetivo de nuestra educación tanto en los países cristianos como no cristianos, se expresa en la fórmula hombres y mujeres para servir es decir hombres y mujeres para los demás»* (Personalidad y Humanismo. 19 Jornadas Educativas Nacionales pág. 38).

Kolvenbach y crisis: *«el relato del peregrino es el título de la autobiografía de San Ignacio. Ignacio no era sólo peregrino al recorrer las rutas de Europa y del próximo Oriente, sino sobre todo en su aventura interior: no cesó jamás de descubrir, de peregrinar. En este aprendizaje reconoció momentos de anticultura humana, de miseria real. Ignacio (enseñado por Dios como dice de sí mismo) descubre en cada etapa valores que no abandonará, aunque la expresión de los mismos cambie a veces mucho. ¿Qué conservar, por tanto, para hoy? Ciertamente eso es ser peregrino, no estar nunca encerrado en uno mismo, nunca está nada terminado, siempre hace falta descubrir, evolucionar, evaluar sin cesar. El peregrino que ha escrito las Constituciones está también en el origen de las características de la enseñanza jesuítica. Por tanto, jamás podemos creer que hemos llegado ni dejarnos llevar por la inercia adquirida»* (ib. pág. 29). *«Nuestro ideal es la persona armónicamente formada, que es intelectualmente competente, abierta al crecimiento, religiosa, movida por el amor, y comprometida a realizar la justicia en un servicio generoso al Pueblo de Dios»* (ib. pág. 31).

Como educador, resumo las tres actitudes fundamentales que me han ayudado. Primera actitud: la fe cristiana, la adhesión a Jesús y su Evangelio dan frutos para los alumnos y sus familias. La entrega de las profesoras y profesores cambian vidas y hacen avanzar la cultura y el desarrollo de los pueblos. Cuando la educación familiar va a la par con la escolar siempre se producen frutos no sólo en el mundo de la cultura sino también en el de la justicia y la caridad comprometida con los que más lo necesitan.

Segunda actitud: no perder la esperanza. Ponerse en las manos del que no se retira en los momentos duros, porque Dios no se retira nunca. Dios mira el mundo en crisis y espera de nosotros que sepamos caminar hacia una civilización de la sobriedad compartida. El fundamento de nuestra esperanza es Jesús. Jesús es realista en sus parábolas de siembra. Habla de 30%, 60%... de fruto, pero también transmite la posibilidad esperanzada del 100%.

Tercera actitud: la gratitud. Educar en el agradecimiento: Jesús curó a 10 enfermos de lepra y sólo uno volvió para darle las gracias. En el agradecimiento está el comienzo de toda amistad duradera. Todas las experiencias que el colegio organiza cuidan el agradecimiento y la amistad.

Para terminar, una anécdota. Sucedió en Nazaret (Alicante). Verano caluroso. El P. Fontova

me contrató para atender a los muchachos que por no tener familia se quedaban en su Ciudad de los Muchachos y yo debía atender en un aula a todos ellos porque los profesores estaban de vacaciones. No se portaron bien el primer día en la primera hora. Al salir del aula un muchacho me dijo: “he hecho todo lo posible para sacarte de tus casillas y no lo he conseguido”. Nos reímos. A partir de entonces todo fue ya más fácil.

Enhorabuena por haber seguido esta maravillosa vocación.

Luz fugitiva

JOSÉ ANTONIO GÁLVEZ MARTÍN

*«El tiempo no tiene piedad del corazón humano y
se ríe de su triste lucha por recordar».*

(R. TAGORE)

“Ya estamos...”, (esto es lo primero que me vino a la mente cuando Andrés me invitó-presionó relajadamente en un encuentro personal, para que escribiera unas líneas sobre mis años pasados en el colegio) “tengo la mente en blanco y *«un soneto me manda hacer Violante...»* (¡como si uno fuera un Lope de Vega!)”.

Me costó empezar. Pero cuando las brumas del olvido empezaron a disiparse por el viento del recuerdo, comenzaron a aparecer tímidamente imágenes que a veces llegaban a

verse nítidas entre la penumbra de esos tiempos pasados.

Y entre esas imágenes destacan las de nuestros ensayos de teatro en el salón de actos, las clases de literatura y, sobre todo, las de filosofía.

Estos son mis primeros flashes.

Ya sé que cualquier tiempo pasado fue mejor en el recuerdo, pero en ese tiempo que todo lo dora aparecen con nitidez:

- El gozo de la lectura de los trabajos de filosofía. Lo que me costaba corregirlos y a la vez la emoción que sentía a veces al leer páginas de chicas y chicos que a mí me hubiera gustado escribir. Sólo siento que los rostros de los autores me aparecieran tan difuminados, con sus nombres ocultos, muy ocultos en mi mente... Sí guardo varios de esos trabajos que releo varias veces con mucho aprecio.
- La buena acogida de las películas que veíamos en clase, que eran el único ventanal que me permitía incorporar trozos de vida “real” en esa ventana abierta hacia el mundo, aunque fuera en celuloide, a los temas que veíamos durante el curso.
- El grupo de teatro. Aquí rabio de impotencia por no recordar a todos y todas las que participaron desde finales

de los 70. Claro que veo con nitidez a muchos de ellos: Emilio, Manolo, Marta, Conchita, Carina, Eva, Ana, Alfonso, Javier, Carolina... ¡y cuántas y cuántos más! Y no puedo seguir, porque llenaría la página entera... y aun así me dejaría, estoy seguro, muchos nombres. No en vano fueron tantas y tantas las horas de convivencia en los ensayos y estrenos juntos. Y las salidas a los colegios de Valencia, Alicante, Villafranca de los Barros, Raymat...

- Los rostros de compañeros y compañeras y personas del colegio con los y las que convivimos empeñados en la entrega a nuestro trabajo desde los recreos, las clases, la secretaría, la portería...

Y un etcétera que sin duda olvido.

De todo guardo un agradecimiento grande con la pena de haber perdido el contacto desde nuestra jubilación.

Decían las coplas de Jorge Manrique que sí, que «cualquiera tiempo pasado fue mejor». Y es verdad, pero no objetivamente, sino subjetivamente. Es el mecanismo de defensa de nuestra mente para no amargar nuestra existencia. Por eso olvidamos más fácilmente lo negativo que lo positivo. Porque no todo es maravilloso en nues-

tras vidas. Pero afortunadamente, cae pronto en el abismo del olvido.

* * *

Educación, define la RAE, es desarrollar las facultades intelectuales y morales de una persona.

Y el principal objetivo de la educación es crear personas que sean capaces de hacer cosas nuevas, personas creativas (inventivas, descubridoras), no simplemente de repetir lo que otras generaciones han hecho.

Y formar mentes críticas que sepan verificar, no aceptando nada incondicionalmente, hasta ir a las fuentes de los hechos o saberes.

Y eso es una tarea que exige esfuerzo, mucho esfuerzo, sobre todo para no caer en el desánimo de ver que lo que hacemos por un lado en nuestra enseñanza choca luego con lo que los alumnos en general absorben del ambiente. Porque el educador nunca está solo. Todos sabemos que el alumno aprende en clase, en la familia, en la comunidad en que vive, en el bombardeo del subconsciente por los medios de comunicación, etc., etc.

Y creo sinceramente que eso es lo que aprendí poco a poco y con esfuerzo año tras año y tuve casi siempre en mi horizonte al entrar

en las clases. Para convencerles en primer lugar de que ese esfuerzo ha de ser compartido también por ellos mismos: el estudio exige esfuerzo. Como cualquier trabajo. Y en el mismo esfuerzo aparece la recompensa. Las excursiones de montaña más difíciles son las que más huella dejan en nosotros.

* * *

¿Por qué elegí la enseñanza?

No sé. Sí sé que me impactaron-motivaron, entre otras, estas líneas de Bertrand Russell que, en su autobiografía, escribía:

«Tres pasiones simples, pero abrumadoramente intensas, han gobernado mi vida: *el ansia de amor, la búsqueda del conocimiento y una insoportable piedad por los sufrimientos de la humanidad*».

De ello dio fe toda su tarea humana y su quehacer filosófico.

Y estos versos ya clásicos de Pedro Salinas en *La voz a ti debida*:

*Perdóname por ir así buscándote
tan torpemente, dentro
de ti.
Perdóname el dolor, alguna vez.
Es que quiero sacar
de ti tu mejor tú.*

*Ése que no te viste y que yo veo,
nadador por tu fondo, preciosísimo.
Y cogerlo
y tenerlo yo en alto como tiene
el árbol la luz última
que le ha encontrado al sol.
Y entonces tú
en su busca vendrías, a lo alto...*

Menudo ideal para un educador: ayudar a los jóvenes en la búsqueda del conocimiento y sacar lo mejor de ellos. (Felices los que lo logran). Y a la vez ser capaz de aprender de ellos en las clases. Eso en filosofía, por la misma materia, lo palpé tanto, que llegué a aprender mucho con y de los alumnos y alumnas en las clases.

Ojalá hubiera llegado lejos por ese camino. Me consuela saber que los ideales humanos, por utópicos que puedan ser, son como el horizonte: que cuanto más andas, más se retira, pero que no es hacer un camino inútil, porque al menos sirve para avanzar.

Creo también que en la educación uno tiene que olvidarse de que tiene que enseñar o tiene que conseguir resultados medibles o simplemente visibles. Tampoco el sembrador recoge frutos de todas las semillas que lanza al viento. Pero son muchas las que germinan.

Son los alumnos y alumnas los que han de decir en qué grado lo hemos conseguido o no.

* * *

Ahora, en la paz del horizonte de montañas que veo cuando escribo, vuelve de nuevo el viento del olvido que se lleva mis recuerdos y me enfrenta una vez más al camino –sereno ya– de la vida, cuyo fin se desdibuja y se pierde entre el silencio y las brumas de la tarde, lleno de la melancolía y belleza que brotan de aquel hexámetro de Virgilio: *«maioresque cadunt altis de montibus umbrae»*, momento que Rabindranath Tagore describía así:

«Las sombras caídas, alargando los brazos, cogian los pies a la luz fugitiva».

Enseñando se aprende

PILAR GIL BERNAD

¡Vibra compañero/a!

Estás en una dedicación alucinante. En primer lugar, “estás con personas”. Estas personas no tienen tu bagaje cultural todavía... (en pocos años pueden dejarnos pequeños...). No tienen nuestros recursos y ellos, a veces, emplean los menos oportunos para conseguir sus objetivos (contestar mal en casa o en el colegio, estudiar menos para “castigar” a los profesores o a los padres) pero ahí está nuestra baza: Dónde no hay amor, pon amor y recibirás amor...

Lánzate a los más flojitos y a los más orillados por sus compañeros. Habla con cada uno y te dirán que están hartos de oír “*es por tu bien*”, “*para el día de mañana*”, “*lábrate tu futuro*”...

En sus cabecicas no caben esas razones: Les parecen áridas y ellos las tienen más ocupadas en el desasosiego de su pubertad (según la edad), en ser líderes de sus amigos o simplemente ser aceptados por ellos, y se refugian en ganar a una maquinita que –¡horror!– no hace más que quitarles el tiempo de estudiar para sí e impide dialogar y hacerse entender con profesores y padres. Vamos a hacernos con la persona dialogando y poniéndonos en sus años, porque ellos no pueden ponerse en los nuestros.

Para ponernos en cierto modo a su nivel nos interesaremos por sus ilusiones deportivas, sus líderes, sus amigos, su tiempo libre... (fue muy positiva para mí la experiencia de licenciarme en Filología Española y Francesa durante mi docencia, ya que empatizaba todavía más con ellos cuando hablábamos sobre nuestros estudios).

Cuando hayamos trabajado su ambiente interactuando con ellos nos iremos ganando a la persona y GANADA LA PERSONA, TENEMOS AL ALUMNO GANADO. Es entonces cuando tiraremos de él hasta límites insospechados.

Entrevístate con sus padres a menudo y pídeles que te “ayuden a ayudar a su hijo/a”. Y si fuera posible (en mi caso he tenido esa suerte), aún estando separados, porque es muy cómodo decirse entre los padres: “tu hablaste con su profesor/tutor, así que tu sabrás”. Así no están haciendo ningún fa-

vor al hijo/a que ellos trajeron al mundo pero que está en nuestras manos, y necesitamos su ayuda e ir ambos, familia y colegio en el mismo sentido. Si sobre un caballo tiramos solo de una de las dos “riendas”... ya suponemos que no irá hacia adelante, serán círculos viciosos los que recorra.

Que oiga individualmente y muy de vez en cuando “*confío en ti*”, “*sigo confiando en ti*” (aunque le notemos flojear), porque esto va calando en el alumno más de lo que nos parece y les levanta siempre a nivel personal. Ellos tienen mil razones y tendencias para no tener un comportamiento adecuado con sus compañeros y sus profesores, quizá por problemas familiares, económicos, de amigos... y no trabajan a tope, pero si saben que estamos por y para ellos lo agradecerán, reaccionarán y lo conseguiremos entre todos.

Tengamos presente que siempre trabajamos con tres niveles de rendimiento escolar en la clase:

- Los “súper”, que casi funcionan solos... Seguramente tienen la otra “rienda” muy bien estructurada en su hogar. Además de tener un CI alto, tienen los afectos familiares consolidados y medios suficientes para ampliar cultura.
- Los “normalicos”, si atienden, entienden y si estudian un poco más, es decir, lo

aconsejado por los profesores, nos sorprenderán en muchos casos.

- Y... ahora a bucear entre “el grupo que cree que no puede y se esfuerza poco por poder”. Con ellos tenemos nuestro maravilloso motivo de ser profesores y donde encontraremos el feliz resultado que nos va a sorprender positivamente al profesorado, alumnos y padres. También a sus compañeros, acostumbrados siempre a ver a este grupo al final de los rendimientos.

Tengo escrita una experiencia pedagógica realizada en este Colegio hace unos 30 años y que corrobora lo que os he relatado. Gracias a la colaboración y ayuda de mis compañeros profesores resultó positiva en un 87% de los alumnos implicados en “dar un bote y salir del agujero”. Por lo general, cuando estos alumnos llegan a “brillar” difícilmente dan un paso atrás.

Como observáis, me he centrado mucho en los “flojitos” porque pienso que si les ayudamos a igualarse con sus compañeros avanzados, no sólo ganan ellos, sino que el nivel de rendimiento de la clase se va equilibrando y ganamos todos.

En otro orden de cosas quiero participar con vosotros cuantísimo he recibido de los alumnos en particular y del trabajo realizado en el Centro, en general: Esta es nuestra terapia personal,

porque recibimos más de lo que aportamos. Recibimos mucha satisfacción por el trabajo realizado y aprendemos tanto de los alumnos... (ya se sabe que enseñando se aprende). También este trabajo nos ayuda a afrontar y sobrellevar los problemas particulares.

Quiero incidir en que los alumnos no merecen vernos con “caras largas o tristes”. Al entrar en clase nuestra preocupación queda en segundo plano y nos volcamos con ellos con toda naturalidad. Al terminar nuestro trabajo estamos con nueva energía para retomar nuestra vida fuera del colegio.

En busca del sol

JESÚS B. GÓMEZ DIESTE

Un atardecer esperé que el sol se metiera en el monte, agarré un pico diminuto y me puse a caminar con la determinación de cavar la montaña para sacar el sol y llevármelo a la casa.

Me encontraron perdido, ya de noche...

–Pero, ¿a dónde ibas, hijo? –me preguntó mamá.

Yo enjugué mis lágrimas y mis últimos miedos:

–En busca del sol –respondí y me arrojé en sus brazos.

PECHÍN¹

¹ Palabras de ANTONIO PÉREZ ESCLARÍN en el Teatro Bellas Artes con motivo de ser homenajeado en el XVIII Congreso Científico Escolar; <http://antonioperezesclarin.com/antonio/>

Queridos colegas que nunca tendré:

Andrés me invita a que comparta con vosotros mi experiencia y mi pensamiento como docente. Reconozco que siento pudor al hacerlo de la primera (serán los que la han sufrido quienes tienen algo que decir); y, al mismo tiempo, me ilusiona escribir sobre el segundo. No porque en materia educativa haya descubierto el Mediterráneo (despistado va el que se crea que lo hace), sino por las enseñanzas, aportaciones e influencias recibidas de tantas personas a lo largo de mi vida. Al mirar hacia atrás me veo como una “esponja” que se ha empapado de la sabiduría de los que me han rodeado. Es totalmente imposible citar a todos. Por ello admito la injusticia de la selección que hago al centrar este escrito en la Historia de Figueredo, narrada por Antonio Pérez Esclarín² a principios de mayo de 2001 en la Universidad Pontificia de Comillas, en el marco de las jornadas de “Educación en Valores. Instrumento básico para el cambio social”:

² A. PÉREZ ESCLARÍN es director del Centro de Formación P. Joaquín. Fe y Alegría de Venezuela. El título de su ponencia fue *La Educación Popular como una respuesta política, ética y pedagógica para el cambio social*. La ponencia, casi en su totalidad (falta la historia de Figueredo), ha sido publicada con el título «La educación popular: una propuesta de transformación social», en *Sal Terrae*, nº 1.048, septiembre 2001.

«No había fiesta en el llano que no fuera alumbrada por los dedos mágicos del arpista Figueredo. Sus manos acariciaban las cuerdas y brotaba incontenible el ancho río de su música prodigiosa. Se la pasaba de pueblo en pueblo, sembrando la alegría, poniendo a galopar los pies y los corazones de las gentes en la fiesta inacabable del joropo. Él, sus mulas y su arpa. Por los infinitos caminos del llano. En una mula él, en la otra el arpa. Cubierta con un plástico negro para soportar los interminables chaparrones del invierno llanero. Y también cubierta con el plástico negro en verano para soportar el fuego de ese sol infinito que raja hasta las piedras. Una tarde, tenía que cruzar un morichal espeso y allí lo esperaron los cuatreros. Lo asaltaron, lo golpearon salvajemente hasta dejarlo por muerto y se llevaron las mulas y se llevaron el arpa. A la mañana siguiente, pasaron por allí unos arrieros y encontraron al maestro Figueredo, cubierto de moretones y de sangre. Estaba vivo, pero en muy mal estado. Casi no podía hablar. Ante la insistencia de los arrieros que le preguntaban qué había pasado, hizo un increíble esfuerzo y logró balbucear desde sus labios entumecidos e hinchados: “Me robaron las mulas”. Volvió a hundirse en un silencio que dolía y, tras una larga pausa y ante la insistencia de los arrieros que seguían preguntando, logró empujar hacia sus labios una nueva queja: “Me robaron el arpa”. Al rato, y cuando parecía que era imposible que pudiera decir algo más, el maestro Figueredo se echó a reír. Era una risa profunda y fresca que

no pegaba en ese rostro que era una estampa del dolor y de la cruz. Y en medio de la risa, logró decir: “¡Pero no me robaron la música!”».

La moraleja, creo, es clara. Pero quiero explicitarla con las palabras que utilizó el ponente: «*Que no nos roben la música, la esperanza, los sueños, la ilusión. Ponemos alarmas para que no nos roben el carro, enrejamos puertas y ventanas para que no nos lleven el televisor, el equipo de sonido, pero no nos protegemos de los que nos roban la ilusión. Y es mucho más grave que nos roben la ilusión a que nos roben la tarjeta de crédito. Si no tenemos esperanza e ilusión, estamos muertos como educadores. Educar no puede ser meramente un modo de ganarse la vida, sino que tiene que ser un modo de ganar a la vida a los demás*».

Uf, qué pasada. Vaya mensaje: UN MODO DE GANAR A LA VIDA A LOS DEMÁS. ¿Te cuento una cosa tan sorprendente o más que el mismo mensaje? No te asustes. No escribo los guiones de Iker Jiménez. Pero estoy convencido que el mensaje de Pérez Esclarín vaga por los pasillos del Colegio como un espíritu buscando mentes y corazones. ¿Por qué estoy tan seguro? Antonio Pérez Esclarín, alias Pechín, es un oscense que antes de marchar, en busca de su sol, a Venezuela estudió bachillerato en Javier y el Preu en

nuestro Colegio³. ¿Se fue del todo? A mí, a lo largo de 38 años, me atrapó. Ten cuidado.

La Historia de Figueredo es una incitación a los educadores para que mantengamos el concepto utópico de nuestra actividad. Es cierto que nuestra tarea es compleja, que la solución de muchos problemas no depende sólo de nosotros, pero sí que nuestro hacer es fundamental. GANAR A LA VIDA A LOS DEMÁS se trabaja a través de un proyecto “educativo razonable”⁴, “amante de la dignidad humana y no de la simple capacitación profesional”. Frente a una educación basada, casi exclusivamente y con cierta frecuencia, en la competitividad y en la adquisición de unos conocimientos para obtener un puesto de trabajo, defendiendo una tradición que va desde aquella propuesta que en 1795 hiciera Kant⁵,

«La educación debe preparar su terreno. Reducida hoy, con demasiada frecuencia, a la distribución superficial del saber y a la consolidación de las divisiones sociales o de los valores de un mundo agonizante, debe romper con sus cuadros muertos para elaborar una formación del hombre

³ Puedes ver su fotografía en la orla de 1960-1961 en el pasillo de Secretaría.

⁴ NICOLÁS LÓPEZ CALERA, «Necesidad de la utopía. Perfiles y desafíos educativos al comienzo del siglo XXI» en *Jesús María, 150 años en España*, Barcelona, 2000.

⁵ INMANUEL KANT, *Proyecto para una paz perpetua*, 1795.

total, ofrecida a todos por igual, dejando a cada uno libre frente a sus últimas perspectivas, pero preparado para la ciudad común de los hombres equilibrados, fraternalmente preparados los unos con los otros para el oficio de hombre»;

hasta la presentada por Jacques Delors⁶ en su informe sobre la educación, resumida en cuatro aprendizajes fundamentales, que en el transcurso de la vida serán para cada persona, en cierto sentido, los pilares de su conocimiento: *aprender a conocer*, es decir, adquirir los instrumentos de la comprensión; *aprender a hacer*, para poder influir sobre el propio entorno; *aprender a vivir juntos*, para participar y cooperar con los demás en todas las actividades humanas; *aprender a ser*, proceso fundamental que recoge elementos de los tres anteriores. Vaya síntesis de las COMPETENCIAS.

Pues bien, siendo la tarea esencial del educador “amar la dignidad humana” y propiciar que otros también lo hagan; y al observar, con desencanto, la lentitud (cuando no retroceso) de los logros obtenidos y las lagunas existentes en el respeto a la dignidad de las personas, apelar al optimismo y a la esperanza de la utopía me parece necesario. No es una invitación ingenua. El desencanto, con amargura, nos

⁶ Comisión Internacional para la educación del siglo XXI. 1996.

enseña lo que hicimos mal o lo que no hicimos. Pero no quiere decir que todo deba seguir así. Esta invitación parte desde el convencimiento de que el ser humano es capaz de mejorar la realidad. Necesitamos la utopía como la vitamina que tonifique nuestro espíritu para que el desencanto no sea paralizante y se convierta en una fuente de estéril conocimiento. Utopía, en palabras de Claudio Magris⁷, significa «no rendirse a las cosas tal como son y luchar por las cosas tal como debieran ser; saber que al mundo, como dice un verso de Brecht, le hace buena falta que lo cambien y lo rediman».

La Historia de Figueredo es también una invitación a la utopía para cualquier ciudadano, para cualquier persona. Nuestros alumnos alcanzarán la excelencia cuando sientan la pasión por el ser humano, por la defensa de su dignidad, por la interrelación de todos ellos a través de la empatía, la compasión, la tolerancia y la solidaridad. Es una tarea centrada en la defensa de la paz y de la justicia social a la vez, porque «llamar paz a una situación donde imperan la pobreza, la represión y la alienación, es una parodia del concepto de paz»⁸. Entonces serán *hombres totales*.

⁷ CLAUDIO MAGRIS, «Utopía y desencanto», en *Archi-pielago/40*.

⁸ J. GALTUNG, *Sobre la paz*. Barcelona, Fontamara, 1985.

Gracias a todos los que me acogisteis en
vuestros brazos cuando aparecieron mis lágrimas
y mis miedos al no encontrar el sol.

Sed felices y que siga sonando *la música*.

Cuidadín con Pechín. Aviso.

Transmitir conocimientos y valores

GEMMA MAZA INVERNÓN

Querida amiga:

Te envío esta carta para desearte un buen principio de curso en este colegio, ese en el que yo ya no ejerzo por haber llegado mi momento de la jubilación, y en el que he podido disfrutar tanto, haciendo una de las cosas que más me ha gustado en la vida: ser maestra.

Con esta carta te quiero animar en esta nueva tarea que emprendes, a la vez que me gustaría transmitírte las cosas que a mí me han valido durante todos estos años de docencia, para mejorar día a día mi labor y que ahora recuerdo con tanto agrado y satisfacción.

En mi trabajo de clase, aparte de transmitir todos los conocimientos de los programas del curso, que procuraba hacerlos amenos y atractivos, intentaba siempre transmitir valores. Valores que yo vivía a la vez en mi vida, ya que si no, difícilmente podían llegar a mis alumnos.

Procuraba crear en clase un ambiente en el que todos se sintieran importantes y necesarios en el grupo. Les hacía sentir en todas las ocasiones posibles que eran valiosos e importantes, y que debían respetarse unos a otros. Les ayudaba a crecer como personas ayudando a desarrollar su potencial humano, ese que cada niño tiene, y que para desarrollarse es necesario un ambiente adecuado para ejercitarse y un profesor que lo incentive. Me fijaba especialmente en el niño que necesitaba más apoyo y ánimo en clase y que por alguna circunstancia se quedaba descolgado en ocasiones de las actividades del conjunto, o no era bien aceptado por su carácter o actitud en el grupo.

Intentaba ser una profesora cercana a mis alumnos, pero no iba de colega con ellos. Los niños necesitan un referente en clase y es su profesor o profesora, que les quiere y respeta, es comprensivo/a pero que pone límites en las cosas, que les da confianza para expresarse, pero que tiene autoridad. Para colegas... ya tiene a sus compañeros.

También veo importante conocer y saber transmitir a los padres cuál es la misión del colegio. A veces ellos no lo tienen claro y esperan de nosotros, los profesores, tareas que les atañen a ellos y no pueden delegar ni exigir al colegio. Esto ocasiona en nosotros bastante tristeza, pues vemos cómo nuestro esfuerzo y dedicación en clase no llega a algunos padres por no tener claros estos conceptos o haberlos olvidado. Aún así siempre queda la satisfacción del deber cumplido y el notar el cariño que te demuestran día a día los niños de tu clase.

Te diría aún más cosas pero me extendería demasiado y creo que he reflejado cosas que yo veo importantes.

Mi intención es ahora animarte en esta nueva tarea que vas a empezar deseándote que sea tan gratificante para ti como lo fue para mí en su momento y que me ayudó a poner al servicio de los demás todas mis capacidades e ilusión durante todos los años en los que estuve ejerciendo. Como decía S. Ignacio: *“En todo amar y servir”*.

Termino ya dando las gracias a todas las personas y compañeros que convivieron conmigo estos años y que me ayudaron a realizar mi tarea con ilusión, y a los niños que tuve la suerte de tener en mi clase, año tras año, y que me hicieron disfrutar en tantas ocasiones como en tantas otras fueron preocupación para mí. Todo ello ha

contribuido a tener un estupendo recuerdo de mi vida en el colegio y que me ha ayudado a ser sin duda una persona mejor y más completa. Te mando un beso y mucho ánimo para este próximo curso.

Una utopía de escuela

JAVIER MENDIALDÚA LECUE

Hace ya bastante tiempo que dejé de contar batallitas de viejo y de decir a la gente lo que tiene que hacer. La historia que yo he vivido pertenece a unas circunstancias y a unas condiciones históricas que ya no existen. Antes la sociedad se mantenía inmutable durante periodos largos de tiempo, de modo que el bagage experiencial de una generación tenía vigencia en las generaciones posteriores, pero en la actualidad, cinco, diez años pueden cambiar totalmente el escenario de algunas realidades. Por este motivo decidí no escribir esta carta, pero pensé que sí existe un espíritu que es posible transmitir y es lo que me propongo. Considero que son las actitudes vitales que adoptan las personas en el esfuerzo por llegar a la madurez.

Al comienzo de mi vida como educador, en otro colegio, me impactó profundamente una pintada que nos hicieron en la pared de entrada del centro que decía: "Aquí yacen las mentes de cientos de niños". No estaba dispuesto a participar en tan macabro trabajo. Esto me hizo pensar, analizar, discutir con otras personas también dedicadas a la enseñanza que trataban de cambiar el modelo educativo para adaptarlo a los tiempos que corrían (1977). Se trataba de cambiar la escuela tradicional por otro modelo de escuela más apropiado a los tiempos que corrían.

En qué consiste el cementerio. La escuela como cementerio de mentes significa que transmite los conocimientos científicos y culturales sin ningún análisis sobre su vigencia en la actualidad. La ciencia es algo vivo que continuamente está produciendo nuevos descubrimientos, algunos tan fundamentales que obligan a replantearse explicaciones anteriores de fenómenos de la naturaleza. También la cultura está en continuo desarrollo, es cierto que guarda todos los logros de la sociedad en épocas pasadas pero debe hacer un discernimiento para abandonar lo que ya no está vivo y ha sido sustituido por otras innovaciones más acordes con los tiempos actuales. La escuela debe ser crítica, debe enseñar a analizar y valorar. La escuela es cementerio cuando se limita a enseñar lo de toda la vida, lo de siempre, y no abre ventanas al exterior, no se

hace eco de lo que ocurre en la calle, no permite experimentar nuevos caminos.

Para escapar de este agujero, en el que cualquiera que pretenda dedicarse a la enseñanza puede caer fácilmente, es necesario construir una utopía de escuela: Marcarse un objetivo por el que merezca la pena luchar y por el que merezca la pena dedicar la vida. Esta utopía debe estar construida a partir del concepto de persona que uno tiene para sí y para los demás. Cuáles son los valores primordiales que uno quiere alcanzar para decir que la vida tiene sentido. También hay que mirar a la realidad que nos rodea y observar las tendencias que se intuyen en la sociedad que pueden ir marcando cuál va a ser su futuro. Compartir estas visiones con los compañeros que trabajan en la misma tarea y construir con este material una utopía común que marque el camino hacia dónde dirigirse. Este trabajo debe realizarlo cada generación puesto que las utopías pasadas fueron útiles para otros tiempos y circunstancias que ya no existen. Se podrá heredar el espíritu con el que fueron llevadas a la práctica pero la mayor parte de su concreción estará ya obsoleta. Por esto no vale la pena dar consejos de lo que yo hacía cuando daba clases.

Otro aspecto que todo educador debe tener en cuenta es el del currículum oculto. Tiene que ver con la coherencia entre las actitudes propias

y los valores que se predicán. Está en juego la verdad de los mensajes que se proponen o aceptar la hipocresía como una forma de vida. Para no caer en esta trampa es necesario tener una práctica continua de reflexión y análisis crítico sobre las propias actitudes y llegar a descubrir los verdaderos motivos por los que cada uno actúa. Es importante descubrir la parcialidad o imparcialidad con la que se administra la justicia en la cantidad de conflictos que surgen en la clase a lo largo de todo un curso. El alumnado es muy sensible a la acepción de personas. En esta línea se debe tener especial cuidado en la política de premios y sanciones que se establecen. Deben ser aplicados con imparcialidad. Lo mismo que hay que ser muy cuidadoso en la atención dedicada a cada persona en particular. El alumnado con más problemas y difíciles son los que realmente forjan y hacen crecer a un educador y por tanto merece la pena dedicarles más atención.

Por último, todo educador debe tener en cuenta que la tarea de educar no la realiza él solo sino acompañado de un equipo de profesores. Él es un elemento más de todos los que conforman la escuela. Es difícil formar un equipo de profesores, pero debe ser una tarea que se vaya haciendo con el tiempo, posibilitando tiempos para intercambiar opiniones y utopías educativas y conseguir unificar posturas y consensos en los valores primordiales de la escuela.

Como este escrito tiene carácter de carta dirigida a otros educadores que comienzan su vida laboral, quiero dar fe de que a lo largo de los años dedicados a la educación me he encontrado con otros muchos compañeros entusiasmados con su trabajo que han sabido disfrutar en el día a día con el roce de los problemas planteados por su alumnado.

Un saludo.

Mi guía pedagógica

MARÍA VICTORIA NECOCHEA SANCHO

Querido/a compañero/a:

Me gustaría que lo que vas a leer lo consideraras como si tuviéramos una distentida conversación.

Trabajé en el colegio del Salvador durante 42 años. Me jubilé el curso 2010-2011. Desde el principio me sentí una persona privilegiada. El colegio tenía mucho prestigio y yo gran ilusión de ejercer como docente en el mismo. Trabajábamos pocas profesoras. El resto era profesorado seglar masculino y bastantes padres jesuitas dedicados a la docencia y a ejercer en cargos directivos del colegio.

Recuerdo muy positivamente el cariño con el que se me integró en el ambiente del cole-

gio. La relación con los padres jesuitas y con mis compañeros era de respeto mutuo y a la vez de gran confianza y familiaridad. Esto me hizo reflexionar y valorar lo importante que es tener en tu lugar de trabajo una buena relación laboral y humana.

Ejercí en Segundo Ciclo de Primaria. Los cursos fueron pasando y el contacto con los alumnos de las distintas promociones fue muy enriquecedor. Los últimos cursos parecía que iban a resultar algo más difíciles. Llevaba muchos años trabajando, mis compañeros se iban jubilando..., pero no fue así. Tuve la gran suerte de trabajar con compañeros/as jóvenes como tú, que se mostraron cercanos y afectuosos y me transmitieron muchos valores; fue el gran colofón a toda la vida profesional en el colegio, de la que guardo un extraordinario recuerdo.

EDUCAR a un niño o niña es mucho más que hacer comprender algo que no se sabe; es hacer una persona mejor, más dueña de sí y de sus actos. La tarea del educador o educadora es aplicar la imaginación, el tacto y la inteligencia para que la persona a educar se sienta motivada, impulsada a dar lo mejor de sí, convirtiéndose en persona responsable.

La educación tiene éxito desde la cercanía, el cariño, la confianza, el respeto, la comprensión, el diálogo...

EL PROFESOR, LA PROFESORA es un medio para orientar, conducir a alguien desde su realidad y desde sus carencias y limitaciones hacia una superación de las mismas y aprovechamiento de las nuevas posibilidades. El profesor debe ser constante, paciente y sobre todo una persona con vocación y con deseo de transmitir valores y alentar lo más valioso y positivo en cada uno de los alumnos.

Toda intervención pedagógica debemos orientarla a despertar y potenciar en el alumno una actitud de cooperación. Quisiera comentarte algunos puntos que considero importantes en la educación y que a mí me sirvieron de guía pedagógica.

EDUCAR EN VALORES:

No hay educación humana sin educación moral, sin formación en valores. Es muy importante enseñar a dar valor a algunas conductas y comportamientos; les ayuda a ser personas íntegras y capaces de convivir mejor con los demás.

Debemos ser coherentes con los valores y creencias que pretendemos inculcar. Se aprende el lenguaje y se aprenden e imitan los sentimientos y las conductas. Si entienden los valores y los manifiestan en acciones, conseguiremos hábitos positivos.

Actividad: memorizar y comprender mensajes. Ejemplo “La tolerancia es la madre de la paz” (Agenda Escolar Ignaciana).

GANARSE LA CONFIANZA DE LOS ALUMNOS:

Si conectamos emocionalmente con los niños, transmitiremos mejor nuestros mensajes y los comprenderán mejor.

Puedes potenciar esta confianza:

- Mostrándote afectuoso.
- Adaptándote a cada alumno.
- Procurando que aprendan de manera divertida.
- Valorando lo positivo.
- Evitando idealizar. Los niños necesitan un profesor fuerte pero humano: nos sienten más imitables.
- Manifestando que confías en ellos.

Actividad: memorizar y exponer adivinanzas, refranes, chistes.

LA EMPATÍA:

Es necesario que los alumnos se sientan comprendidos.

Hay que enseñarles a compartir las ilusiones de sus compañeros.

Cuando están tristes, enfadados, nuestro primer impulso es minimizar sus problemas y consolarles, quitándoles importancia. Interpretan nuestra actitud como falta de interés y se sienten incomprendidos. Debemos solidarizarnos con sus sentimientos: “te entiendo, me hago cargo de lo que sientes...”. Esta actitud les llevará a sentirse fuertes.

No podemos ser empáticos con conductas inadecuadas o reprobables.

Actividad: los alumnos preparan información sobre temas de su interés o sobre el lugar de un viaje que va a hacer algún compañero/a y la exponen ante los demás.

DISCIPLINA:

En el sistema educativo no podemos eludir la disciplina. Mediante las normas se enseña y transmite actitudes y valores. Es imprescindible que el profesor se convierta en el mejor ejemplo a imitar.

Para que la disciplina pueda mantenerse de una forma continuada es necesario:

- Aplicar límites claros y concretos.
- Las reglas deben tener un sentido y un valor que las haga consistentes. Ejemplo: ordena tu pupitre, “encontrarás mejor tus libros”.

- Exigir que mantengan los comportamientos de respeto, buenas maneras y lenguaje cuidado.

MOTIVACIÓN:

Valorar mucho el esfuerzo. Esfuerzo + tiempo = resultados.

Se refuerza la motivación:

- Reconociendo los progresos.
- Utilizando los incentivos y reconocimientos inmediatamente a las conductas.
- Facilitando el aprendizaje con tus propias reglas mnemotécnicas ó “trucos”. Por ejemplo, en ortografía: ayer sin h, “ayer perdimos la h”.
- Destacando lo positivo y beneficioso de los cambios en otras personas, conociendo las estrategias que emplearon y los sentimientos de alegría que experimentaron tras conseguir sus metas a pesar de sus dificultades.

AUTOESTIMA:

Los alumnos deben gozar de un buen nivel de autoestima. La autoestima se consigue teniendo seguridad en sí mismo, superando el miedo al fracaso. Éste se consigue vencer superando las

dificultades y éstas desaparecen practicando y repitiendo ejercicios.

Es muy importante fomentar la creatividad. La creatividad construye la autoestima. Al proporcionar a los niños recursos creativos, se estimula la individualidad y el desarrollo de la comunicación. Permitir a los niños que expresen sus emociones es parte de la estrategia para fomentar la creatividad.

Qué hacer para potenciar la autoestima de los alumnos:

- Demostrar que les aceptas con sus carencias y debilidades.
- Hacer que se sientan importantes por algo o para alguien.
- Citar cualidades y valores que tengan.
- Ayudar a desarrollar las habilidades que más precisen.

Actividad: representar el contenido de la lectura de un texto o historia en un dibujo.

LA RESPONSABILIDAD:

Resulta fundamental ofrecer nuestra colaboración y experiencia, al tiempo que mostramos firmeza en la necesidad de que se responsabilicen de sus actos.

Destacar algo positivo del educando nos servirá como punto de apoyo para que tome interés.

Cuando un niño/a se siente con poca fuerza de voluntad, sin autodisciplina, nada le parece más motivador que escuchar de labios de su profesor frases de comprensión y cercanía: “a tu edad me pasaba lo mismo... por eso me va a ser más fácil ayudarte”. La respuesta casi siempre es positiva. Le motiva conocer nuestra superación.

Es importante saber esperar, demostrar confianza en sus actos. Debemos contar con los fallos. De los fallos se aprende.

Podemos ayudar a ser independiente y responsable:

- Compartiendo tareas de responsabilidad.
- Ofreciendo alternativas a elegir que fomenten su implicación y toma de decisiones de manera responsable.
- Haciéndole saber que todos hemos podido corregirnos y cambiar.

No le tuteles constantemente y felicítale por ser cada vez más autónomo.

DISCUSIONES-PELEAS ENTRE ALUMNOS:

El profesor/a debe enseñar a los alumnos a perdonar, a no hacer un drama por todo, a ponerse

en el lugar del otro; éstos deben ser sus referentes para encontrar un entendimiento.

Intervendremos en las peleas que provoquen un daño físico o un daño psicológico y en los demás casos les motivaremos a que entre ellos aprendan a solucionar sus propios conflictos.

Dejaremos claro que respetamos y defendemos a la persona y que condenamos sólo su acción inadecuada.

Cuando emitamos juicios sobre el comportamiento de los niños, deberemos basarnos en la intención y no en el resultado de los actos.

Evitaremos los castigos por su ineficacia. Existen mejores alternativas. La palabra “castigo” ya tiene connotaciones desmotivadoras. El fin del intento de corregir una conducta no debe ser solo impedir que el niño haga lo que es incorrecto, sino que reflexione sobre su responsabilidad.

Las sanciones debemos considerarlas siempre con respuesta educativa. Ejemplo: copiar la ortografía para memorizarla.

Los castigos los podemos sustituir por:

- Información de las consecuencias negativas que padecerán por reincidir en conductas negativas.
- Muestras de apoyo para encontrar soluciones eficaces.

- El ejercicio de, en ocasiones, dejar que las consecuencias de su falta de responsabilidad le enseñen y aprenda de ellas.

ENTREVISTAS CON PADRES:

Es importante saber escuchar, evitar interrumpir y respetar sus opiniones.

Exquisito cuidado en lo que decimos y en cómo lo decimos. Provocará colaboración o rechazo.

Se gana el respeto con argumentos y saber estar.

Colaboración padres-profesores. Debemos conseguir un entendimiento y una unidad de criterios, para que los hijos-alumnos sepan a qué atenerse.

Si en la conversación se percibe “enfrentamiento”:

- Procura contemplar la situación desde la perspectiva de los padres, poniéndote en su lugar.
- Recuerda que ambos os encontráis en el mismo equipo y que lo más inteligente es apoyarse y llegar a acuerdos, desde el mutuo respeto y cediendo algo por ambas partes.

Gracias por escucharme. Espero no haberte cansado mucho. “A nuestra edad” ya empezamos a disfrutar recordando los buenos tiempos...

41 años dando vida

M^a CARMEN PARDOS BAULUZ

Querido profesor/a que empiezas tu nueva tarea educativa:

Te escribo esta carta para contarte lo que han sido mis 41 años en el colegio, que ahora es el tuyo.

Comencé a trabajar muy joven, con mucha ilusión y muy poca experiencia.

En aquellos años, se vivía con disciplina en las familias y en el colegio. Por eso no me fue difícil comenzar mi tarea educativa con resultados positivos pues tenía a mi favor que los padres se fiaban y apoyaban al profesor.

Como profesora de Primaria, estuve siempre en el Primer Ciclo solo con niños porque

en aquellos años la educación no era mixta. Mi colegio era de chicos. Las clases eran muy numerosas, las listas eran de 40 alumnos y a veces alguno más.

El primer día de curso siempre es importante para los alumnos pero también para el profesor. Los niños venían nerviosos y con un poco de miedo a lo desconocido; sólo tenían 6 años y todos venían de un colegio más pequeño y familiar.

Si un niño viene feliz al colegio, aprende siempre. Por eso mi objetivo principal era conseguir que los niños asistieran contentos a clase.

Cuando entraba por la puerta del colegio me olvidaba de todo lo que no fuera mi trabajo y empezaba el día con una página en blanco. No se puede llevar encima preocupaciones.

Si te parece, voy a empezar por contarte cómo fue mi relación con los niños y niñas porque, a partir del año 1981, el colegio de Jesuitas se fusionó con el colegio de Jesús-María que era de niñas y a partir de ese año fue mixto.

En Primero, a principio de curso, los niños son como de Infantil y hay que tener mucha paciencia. A esa edad hay que enseñarles todo y acompañarles en cada momento hasta que lo sepan hacer solos: Cómo sentarse bien con la espalda apoyada en el respaldo, cómo coger bien

el lápiz, cómo ordenar el pupitre, distinguir los diferentes libros de texto...

En este nivel, se trabaja la expresión oral y el vocabulario mucho más que la escritura porque no sabían escribir. En primero una de las cosas más importantes es enseñarles a leer y a escribir.

Los observaba porque es el primer paso para conocerlos. Cuando me encontraba frente a ellos, iba descubriendo cómo era cada uno; los había tímidos, revoltosos y movidos, y de vez en cuando había que llamarles la atención.

Pero los que verdaderamente me interesaban eran esos niños y niñas que, por lo general, no llaman la atención por nada y suelen pasar desapercibidos. Son los llamados niños grises.

La relación entre ellos va haciéndose cada vez más familiar y comienzan las amistades, formándose los grupos de amigos. Pero siempre hay alguno de ellos que suele estar solo por el recreo dando vueltas, observando a los demás cómo juegan al fútbol y sin participar en nada. A veces era cuestión de tiempo adaptarse a los demás. Pero no todos lo hacían al mismo tiempo; por eso, procuraba que los demás niños fueran invitándolos a sus juegos.

Mis clases las hacía muy participativas; me gustaba que los niños hablaran respetando su turno, porque todos tenían cosas importantes

que decir. Me daba cuenta de que no todos hablaban por igual y alguno estaba siempre en silencio y mirando tímidamente.

Escribía en mi cuaderno lo que había observado de los niños durante todo el día. Así me formaba una idea de cada uno de mis alumnos.

Conforme iban pasando los días, se iban adaptando poco a poco al colegio y a mí.

Los sitios de los pupitres no eran siempre los mismos; los cambiaba con mucha frecuencia para que todos se conocieran, se hicieran amigos y se ayudaran unos a otros. Cuando detectaba algún problema entre ellos, lo solucionábamos dialogando y dando cada uno su versión. Les explicaba la diferencia que hay entre amigos y compañeros. El amigo se elige libremente y el compañero es el que te encuentras por ir a la misma clase.

Con frecuencia hablaba con ellos personalmente y cuando notaba que alguno estaba triste o nervioso y tenía algún problema con el trabajo, llamaba por teléfono a los padres para comunicarles lo que había observado. Y siempre se solucionaba. Los padres lo agradecían. Es importante que los niños vean que los profesores y sus padres van en la misma línea de educación.

Para que aprendieran con más ilusión, hacíamos concursos de cálculo mental, de preguntas

de Conocimiento del Medio, de lo que fuera, y al final había premios de la caja de las sorpresas.

Una de las cosas que hacía era premiar y valorar las actitudes que quería que hubiera en mi clase. Por ejemplo: trabajar en silencio, terminar los trabajos con orden y limpieza...

En segundo de Primaria se ven los resultados de todo el esfuerzo y el trabajo.

Yo pienso que cuando un niño viene contento al colegio y está relajado, se encuentra en condiciones de aprender todo lo que se le enseñe y el interés por aprender aumenta.

Con los padres de mis alumnos, siempre he tenido una relación muy estrecha de comunicación. Me sentía con libertad de llamarles por teléfono si tenía algún problemilla con sus hijos y me parecía muy bien que ellos hicieran lo mismo. Nos ayudábamos mutuamente y siempre salía beneficiado el niño.

Después de tantos años, cuando me encuentro con algunos de los padres por la calle, me saludan muy cariñosos, y eso se agradece mucho.

Es muy importante llevarse bien con los compañeros y tratar de evitar discusiones inútiles que no llevan a ninguna parte. Una de las actividades del profesor, que para mi tiene más importancia, es trabajar bien en equipo. A veces es difícil cuando piensas que lo tuyo es lo mejor

y tienes que ceder con humildad y elegir lo que quiere la mayoría de tus compañeros. El trabajo no hay que llevarlo a la vida personal y pensar que lo más importante es lo que sea mejor para nuestros alumnos y no para nosotros.

Cuando era mi cumpleaños, me gustaba celebrarlo con mis compañeros. De vez en cuando es muy agradable cortar con la rutina del trabajo y reunirnos a comer fuera del colegio para charlar y divertirnos juntos.

El colegio se ha preocupado de nuestra buena formación y nos ha proporcionado muchos cursos para mejorar nuestra vida laboral y espiritual. Pienso que esto es un regalo que hay que aprovechar y agradecer al colegio.

Aunque me ha sido difícil resumir tantas experiencias vividas a lo largo de los años, espero que alguna de ellas te resulte provechosa. Con eso, me doy por satisfecha.

Te deseo que aproveches todo lo que el colegio te pueda proporcionar para tu formación y que seas lo feliz que he sido yo en él.

¡Hasta siempre compañero/a!

Construir

EDUARDO SERÓN PUÉRTOLAS SJ

Querido amigo o amiga, Profesor o Profesora del Colegio del Salvador:

Antes de comenzar la carta, me presento con algo de mi pequeña historia: soy antiguo alumno de ese querido Colegio, lo cual implica cariño acumulado, y he estado 6 años en el Colegio al terminar el siglo pasado y comenzar el presente. Tengo, pues, un cierto conocimiento del Colegio y procuro seguir y estar enterado de sus cosas.

Me gustaría recordarte, para comenzar, *de dónde venimos*, buscando un punto de partida. Venimos de una historia de siglos, de un trabajo reconocido a lo largo del tiempo, que sin duda ha tenido alternancias de tiempos mejores y de otros no tan buenos. Lo bueno de esta historia es

que, cuando los tiempos no han sido tan buenos, siempre nos hemos sentido motivados para volver a recuperar los mejores momentos. Este es siempre un trabajo necesario, aunque nos cuesta siempre volver a empezar.

Venimos también de una historia en la que en otros tiempos los profesores eran casi todos jesuitas, y estamos pasando a otra historia, en la que entras tú, en la que la mayor parte sois *laicos*. Pasamos de un Colegio jesuita a un Colegio de espiritualidad ignaciana, que quiere ofrecer unas actitudes y unos valores educativos. En esta historia te has metido y en ella estás, como otros estuvieron metidos en historias parecidas.

Si hablo de “*un joven profesor*” estoy suponiendo que te has incorporado hace poco tiempo a esta bonita tarea educativa, y que has llegado a ella con todos tus planes y tus deseos, y es posible que también con algunas limitaciones, que las tenemos todos. Entras en una gran estructura, lo que tiene muchas ventajas y algunos inconvenientes. La estructura puede ser muchas veces un apoyo y lo es; otras veces te puede crear dificultades. Es conveniente que lo sepas y lo admitas así desde el principio, para buscar luego las soluciones necesarias.

Te insisto amistosamente en que mantengas siempre tus ilusiones actuales y tus mejores de-

seos; hay gente que envejece demasiado pronto, mientras que hay Profesores que mantienen siempre su juventud de corazón. Da gusto encontrárselos y tratar con ellos, siempre dispuestos a lo que sea. De ellos conservamos todos los mejores recuerdos.

Apúntate a la *formación* necesaria: la estructura te la va a facilitar; y apúntate también a las renovaciones necesarias, que son más bien obra de todos los componentes del Claustro. La rutina y la inercia son más cómodas y todos tenemos la tentación constante de caer en ellas; pero la tarea educativa nos pide renovación y prontitud. Aporta lo que puedas, en tu puesto concreto, únete a los que miran hacia el futuro y que tienen tus mismos deseos e ilusiones. Del carro tenemos que tirar todos.

No te hagas viejo antes de tiempo. Es verdad que el trabajo educativo hoy es más difícil que en otros tiempos. Siempre ha sido un reto. Los tiempos actuales son tiempos *de mucha siembra* y de siega pequeña y diferida, pero hay que aceptarlos como son. La tarea educativa es una tarea hermosa y positiva, pero para gente vocacionada como tú. Y no todo tiempo pasado fue mejor; el tiempo mejor es el que construimos entre todos. Me gusta mucho este verbo "*construir*". Lo utiliza mucho san Pablo en las Cartas que escribe a las primeras comunidades cristia-

nas, donde recomienda siempre y a cada uno “lo que construye”, o dice “que todo sea constructivo” u otros textos parecidos. Lo opuesto a construir es destruir.

En mi experiencia en varios colegios he vivido situaciones diferentes, a las que antes me refería: Colegios y tiempos con muchos jesuitas y colegios con pocos. Al final, me quedo con una idea: educa el *equipo* (que es algo más que el grupo), y educa sobre todo la “*comunidad educativa*”, que de verdad es una utopía, pero sobre la que volvemos una y otra vez para hacer lo posible para acercarnos a esta utopía. Es verdad (siempre lo ha sido) que hay profesores que son muy buenos educadores; pero es más verdad que, en un ambiente bastante desestructurado y bastante desconcertante como es el actual, educa sobre todo el equipo que quiere ser comunidad. Dicha comunidad no se consigue fácilmente, ni de una vez para siempre, sino que hay que volver una y otra vez e insistir para avanzar poco a poco. A la comunidad y al equipo hay que dedicarles tiempo y humor. Recibimos muchas cosas de ella, pero también tenemos que aportar y hacerla mejor.

Formas parte no solamente de una estructura educadora, sino también de un Colegio de espiritualidad ignaciana. En el Colegio (apelo a mis muchos recuerdos) se educa en todos los

campos: el pedagógico, el de los valores y actitudes, y en el más concreto de la espiritualidad o la pastoral, que es más difícil, pero que también es trabajo de todos, aunque los acentos puedan ser diferentes en unos y en otros según sus tareas y funciones. Desde mis años, que ya van siendo muchos, me permitirás que te diga una palabra (no la llames consejo, por favor, sino experiencia) que te concreto en tres cosas que saco de los Ejercicios de san Ignacio, es decir de la esencia de lo que solemos llamar “espiritualidad ignaciana”. Tendrás que ver cómo te vas metiendo en este campo, pues se te van a ofrecer muchas ocasiones y experiencias para hacerlo:

- Procura transmitir a tus alumnos una mirada constructiva y misericordiosa sobre el mundo, no de quejas ni lamentaciones. Es muy fácil refugiarse en la queja... Comienza por tener una mirada optimista y constructiva, más allá de las pequeñeces y dificultades del momento concreto. Los alumnos son lo más importante del Colegio.
- Mira a ver si puedes llevarlos a crecer en el “conocimiento interno de Cristo”, que lo repite san Ignacio en todos los diversos pasajes del Evangelio. Claro que primero tendrás que crecer tú mismo.

- Y quédate también con la petición final de los Ejercicios: “en todo amar y servir”, dos verbos que tendrás que ir viviendo tú mismo unidos y que así podrás transmitir a los demás.

No todo lo anterior es fácil. Siempre tendrás la tentación de ser un educador “light”, que se manifestará en la falta de coherencia entre tu fe y tu vida, o en la consideración de tu trabajo como un trabajo más y no una vocación, o en considerar que el Colegio puede ser una buena empresa de servicios, y otras muchas cosas que se pueden decir que, en definitiva, son diversas formas de “tirar la toalla”. Pero tú quieres ser un educador nato, y eso requiere trabajo y preparación.

Si esta carta te resulta demasiado llena de recomendaciones (vocación, formación, comunidad, espiritualidad...), hazte tu propia síntesis y tu resumen, que es lo que te vale. Quédate con alguna cosa que te pueda ayudar. Tal vez, del mismo modo que te insinuaba comenzar con una pregunta como punto de partida, “¿de dónde venimos?”, igualmente podemos llegar a una pregunta final: “¿a dónde vamos?”. Y como respuesta válida a esta pregunta me sirve la frase del P. Pedro Arrupe (cuyo nombre lleva la calle del Colegio), que fue el Superior General de los jesuitas desde 1965 a 1983, quien resumió todo lo anterior en

una frase: *“Ser hombres para los demás”*; y, en tu tarea educativa, intentar *“hacer hombres para los demás”*.

Te deseo todo lo anterior, aunque tengas que conseguirlo poco a poco. Otros muchos lo han conseguido: ¿por qué tú no? Un abrazo de educador a educador o educadora.

Los puntos cardinales

INMACULADA TUSET GARÍN RJM

Querido/a educador/a del Colegio del Salvador:

Lo primero que quiero expresarte es por qué no me dirijo a ti como “profesor o profesora”, sino como “EDUCADOR O EDUCADORA”. Sencillamente porque tu tarea va más allá de “enseñar”, se trata de “educar” = orientar cómo caminar por la vida. Vas a ser para tus alumnos y alumnas un compañero de camino. No eres un “colega”, sino una persona que acompaña, orienta, invita, muestra valores... Por supuesto también enseña materias, pensamiento, da herramientas y conocimientos (y cuanto más amplios y completos mejor). Pero sobre todo acompaña el crecimiento de las personas que se te confían. Esto supone llevar a cabo una misión. Y en el Colegio al que

te incorporas esta misión es la de Jesús de Nazaret: Anunciar la Buena noticia del Evangelio y hacerlo con la palabra y con la vida. No caminarás solo. Lo harás en un grupo de personas que tendrán como tú el mismo objetivo y podréis compartir deseos, esfuerzos, ilusiones y tareas.

Yo he vivido mi vocación de educadora en ese Colegio, cuando se llamaba “Jesús-María – El Salvador”, compartiendo las dos Congregaciones –Compañía de Jesús y Jesús-María– un proyecto de Iglesia, aunando carismas (dones recibidos) y aportando cada uno, desde nuestra opción e identidad, con muchos seculares comprometidos juntamente con nosotros. Te aseguro que he sido muy feliz. Esto no quita malos ratos, pero sí los llena de sentido.

Te aporto unas líneas que escribí para prologar un libro: *“Educar: exigencia y pasión. Desafíos para educadores cristianos”* que recoge palabras y orientaciones de Jorge M. Bergoglio, Papa Francisco, cuando era Arzobispo de Buenos Aires. Espero que te ayuden y que te animen a leer el libro.

Te deseo una bonita experiencia que marque una etapa de tu vida. Con todo cariño.

P.S.: Del prólogo al libro *Educar: exigencia y pasión. Desafíos para educadores cristianos*.

Los textos, que tienen toda vigencia hoy, recogen nuestras preocupaciones, nuestros sueños,

las situaciones concretas del momento que vivimos. Bergoglio nos dirá: *«Los educadores cristianos somos testigos en el tiempo de la posmodernidad, insertos en una transición que alguien bien podría calificar como “cultura del naufragio” ... en dicha situación tenemos parte activa: “ser náufragos”. El náufrago, siempre está solo con su propio ser y su propia historia: ésta es su mayor riqueza»*. Nuestro ser de educadores cristianos; nuestra historia, la de las Instituciones a las que pertenecemos o en las que compartimos misión y trabajo, son nuestra riqueza. Ser e historia, tienen que darnos vigor y capacidad de relectura creativa de nuestros fundadores. *«Hacer memoria en el sentido bíblico, va más allá del mero agradecimiento por todo lo recibido; quiere enseñarnos a tener más amor; quiere confirmarnos en el camino emprendido»*. *«Pidamos, pues, la gracia de recuperar la memoria... es despertarnos para percibir con más fuerza la Palabra de Dios»*. *«La memoria de los pueblos no es una computadora, sino un corazón»*. Reencontrarnos con los orígenes, los deseos, las intuiciones pedagógicas de nuestras raíces y saberlas injertar en nuestro contexto, es algo importante en este momento, sobre todo, porque hemos de variar nuestras herramientas educativas, y mantener nuestros valores.

Desde esta imagen del náufrago, podemos considerar el libro como la brújula que orienta el camino, con cuatro puntos cardinales, que se van repitiendo a lo largo del texto:

Norte: JESUCRISTO. Base y fundamento de nuestra IDENTIDAD. Sabiduría de Dios encarnado, nuestro cimientamiento y nuestro Maestro. A Él debemos referir nuestro quehacer. Anunciar a Jesús y su Evangelio. Reforzar la fe, celebrar la fe, vivirla comprometidamente en la Iglesia, con la Iglesia, y con toda persona de buena voluntad.

Sur: AL SERVICIO DE LA PERSONA, de toda persona, con especial cariño por los más pobres y débiles. Para dignificarla y darle sentido a su vida. Nos ayuda a descubrir una verdadera antropología. De este modo la niñez y la juventud a la que servimos podrán ser generadores de una nueva humanidad.

Este: EN COMUNIDAD EDUCATIVA. Es decir, en grupo, como un cuerpo. Complementándonos: familia, escuela, parroquia, asociaciones ciudadanas... «Una Comunidad Educativa es una pequeña Iglesia, mayor que la familia y menor que la Iglesia diocesana. En ella se vive y se con-vive. En ella peregrinamos, como hijos y hermanos, hacia la eternidad». «Estamos invitados a tejer una cultura de comunión». «Ser testigos veraces de lo que se cree y de lo que se ama y vivirlo en fraternidad... intentando ser reflejo, no de nuestras opacidades, sino de la PALABRA de OTRO». Esto nos habla de comprensión, capacidad de escucha y diálogo, búsqueda conjunta, sentido de equipo, capacidad de liderazgo... «Ayudemos a generar lazos y

vínculos con personas, ideas y lugares, porque se crece alimentando pertenencias».

Oeste: CON CREATIVIDAD, AUDACIA y siendo portadores de ESPERANZA. Sabiéndonos peregrinos y sembradores. Desprendidos de nuestra persona y de nuestro éxito. No importa la cosecha, importa la siembra. Sin cansarnos de buscar y discernir lo más adecuado a la realidad social en la que vivimos, y a la niñez y juventud a la que servimos. Con actitudes de humildad, mansedumbre, tolerancia, apertura y creatividad en nuestra mente y en nuestras metodologías, sin miedo, con capacidad de lucha y de sufrimiento. *«Ser reflejo de la esperanza cristiana, de afrontar la realidad con verdadero espíritu pascual».* No olvidemos que no hay nacimiento sin dolores de parto, ni espiga si el grano de trigo no cae en tierra, se rompe y muere. Pero todo esto, lo viviremos si verdaderamente en nuestra persona y en nuestra tarea, escogemos la VIDA.

Las palabras que nos ofrece Jorge Mario Bergoglio, el Papa Francisco, son verdaderas luces para poder explorar estas cuatro coordenadas de la brújula, inseparables entre sí, complementarias y necesarias, para ir marcando la ruta en nuestro quehacer cotidiano. Nos ayudarán a ACOMPAÑAR el crecimiento y la orientación de las personas que se nos han confiado. Esto es EDUCAR: ACOMPAÑAR LA VIDA.

Los autores

MAITE ABÓS BARA fue profesora del Colegio de Jesús María y luego “Jesus María – El Salvador” desde enero de 1978 hasta noviembre de 2004, año de su jubilación. Fue profesora de BUP y Directora de Secundaria. Desde su jubilación, colabora como voluntaria en el Colegio.

CARMEN BLAT GIMENO es religiosa de Jesús María. Trabajó en el Colegio de Jesús-María de Zaragoza, del que fue Directora y tras la fusión con el Colegio del Salvador, en el Colegio “Jesús María – El Salvador”, como profesora de filosofía en BUP.

DOLORES CASTÁN DIEZ fue profesora de matemáticas en educación secundaria en el Colegio de Jesús-María y luego “Jesús María – El Salvador” desde enero de 1974 hasta su jubilación en 2012.

JOSÉ JAVIER CAUDEVILLA MARCELLÁN es jesuita. Trabajó como profesor de religión en BUP y COU y responsable de Pastoral en el Colegio del Salvador en los años 70 y 80.

TOMÁS COMÍN BLASCO fue maestro de educación primaria en el Colegio del Salvador entre 1972 y 2013, año de su jubilación. Fue además Coordinador de ciclo.

FRANCISCO DESENTRE MIGUEL empezó a trabajar como maestro de educación primaria en el colegio en 1970 y se jubiló en 2012. También fue Coordinador de ciclo.

VICENTE DURÁ GARRIGUES es jesuita. Fue Director del Colegio “Jesús María – El Salvador” entre 1986 y 1994. Fue además profesor de religión en BUP.

JOSÉ ANTONIO GÁLVEZ MARTÍN empezó a trabajar en el Colegio del Salvador en 1970 y se jubiló en 2001. Fue profesor de lengua y literatura y filosofía en educación secundaria.

PILAR GIL BERNAD fue profesora de educación primaria en el Colegio entre 1988 y 2001.

JESÚS GÓMEZ DIESTE fue profesor de educación secundaria en el Colegio (ciencias sociales, historia, filosofía, griego, ética) entre 1975 y 2013, año de su jubilación. Compartió con Carmen Escudero RJM la coordinación del Ciclo Superior de la EGB en los años de la fusión. Desempeñó además el cargo de Jefe de Estudios de Secundaria.

GEMMA MAZA INVERNÓN trabajó como maestra de educación primaria en el Colegio desde 1968 hasta su jubilación, en junio de 2012.

JAVIER MENDIALDUA LECUE fue profesor de matemáticas y física en educación secundaria (BUP)

entre 1990 y 2009. Fue además Director de Secundaria.

MARÍA VICTORIA NECOCHEA SANCHO trabajó como educadora de primaria entre 1970 y 2012, cuando se jubiló. Algunos de esos años fue además Coordinadora de ciclo.

MARÍA DEL CARMEN PARDOS BAULUZ empezó a trabajar en el Colegio del Salvador en 1970 como maestra de primaria y se jubiló en el Colegio “Jesús María – El Salvador”, en septiembre de 2011.

EDUARDO SERÓN PUÉRTOLAS es jesuita. Fue alumno del Colegio del Salvador, del que posteriormente sería Rector entre 1997 y 2003.

INMACULADA TUSET GARÍN es religiosa de Jesús-María. Trabajó en los dos colegios: Jesús-María y El Salvador en los primeros años de la fusión, desde 1980 a 1984. Fue directora del Colegio “Jesús María – El Salvador” de 2003 a 2005.